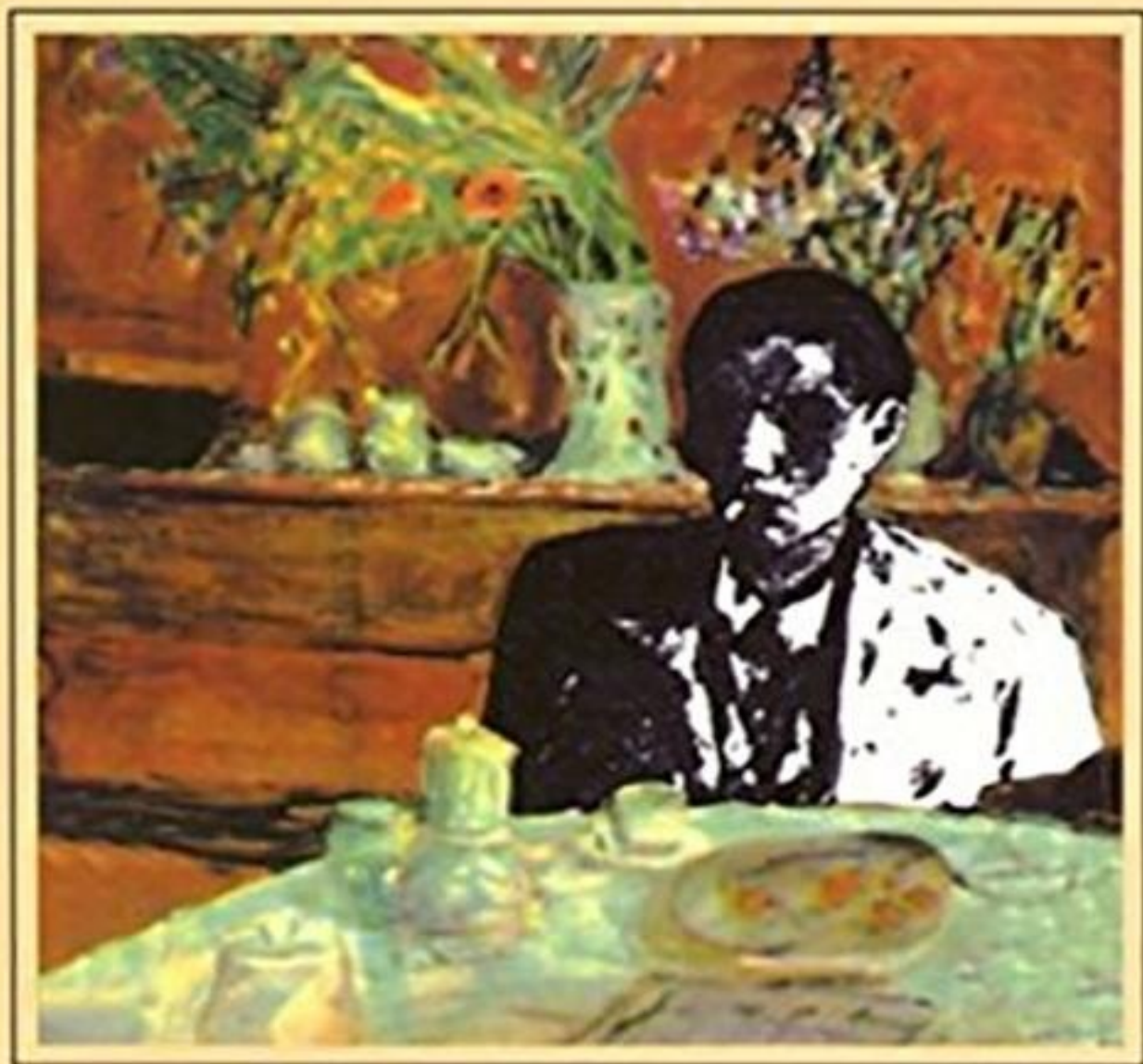


Thomas Bernhard

El sobrino de Wittgenstein



Lectulandia

Thomas Bernhard, durante una estancia en un sanatorio, profundizó su amistad con Paul Wittgenstein, hombre original, pintoresco y patético, un verdadero personaje de novela. En cuanto a su tío Ludwig, el mítico filósofo en cuya vida o leyenda se inspiraba *Corrección*, sólo aparece aquí como en hueco, como una ausencia muy marcada. Se ha dicho que mientras Ludwig llevó su filosofía al papel y no su locura, Paul era un loco porque reprimió su filosofía y no la publicó, exhibiendo sólo su locura. Un libro con fuerte acento «autobiográfico» en el que el autor nos confía una vez más, y cada vez mejor, cosas triviales y profundas, y divertidas hasta saltarse las lágrimas, sobre la vida, el arte, los premios literarios, los cafés vieneses, la vida en el campo, las carreras de automóviles, la enfermedad y la muerte, en uno de esos soliloquios alucinados, repetitivos y despiadados de los que posee el secreto. En esta furiosa revelación que se inflige y nos inflige, ese terrible narrador, decididamente incómodo, nos habla también por primera vez de la amistad. Lo hace admirablemente y, por utilizar una de sus expresiones, sin el menor miramiento, y eso hace mucho daño.

Lectulandia

Thomas Bernhard

El sobrino de Wittgenstein

ePub r1.0

Titivillus 25.06.17

Título original: *Wittgensteins Neffe*

Thomas Bernhard, 1982

Traducción: Miguel Sáenz

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Doscientos amigos
asistirán a mi entierro
y tú tendrás que pronunciar un discurso
ante mi tumba

En mil novecientos sesenta y siete, en la *Baumgartnerhöhe*, una de las religiosas que trabajaban allí, incansablemente, en el pabellón Hermann, me dejó sobre la cama *Trastorno*, que acababa de aparecer y que había escrito yo un año antes en Bruselas, en la rue de la Croix 60, pero no tuve fuerzas para coger el libro porque sólo hacía unos minutos que me había despertado de la anestesia de varias horas en que me habían sumido los médicos que me abrieron el cuello para poder extirparme del tórax un tumor del tamaño de un puño. Lo recuerdo, era la Guerra de los Seis Días y, como consecuencia del tratamiento radical con cortisona a que me habían sometido, se me puso *cara de luna*, como querían los médicos; durante la visita comentaban esa cara de luna mía en un tono jocoso, que incluso a mí, a quien, según sus propias manifestaciones, *sólo me quedaban unas semanas, en el mejor de los casos unos meses* de vida, me hacía reír. En el pabellón Hermann, sólo había siete habitaciones en la planta baja, y trece o catorce pacientes que no aguardaban en ellas más que la muerte. Con sus batas del establecimiento arrastraban los pies de un lado a otro por el pasillo, y un buen día desaparecían para siempre. Una vez por semana se presentaba en el pabellón Hermann el famoso profesor Salzer, la mayor eminencia en el campo de la cirugía pulmonar, siempre con guantes blancos y un porte que inspiraba enorme respeto, rodeado casi en silencio por las religiosas, que a él, alto y muy elegante, lo acompañaban al quirófano. Aquel famoso profesor Salzer, por quien se hacían operar los pacientes de categoría, porque se lo jugaban todo a su fama (yo me había hecho operar por el médico jefe del servicio, un rechoncho hijo de aldeano del barrio de Waldviertel), era tío de mi amigo Paul, sobrino del filósofo cuyo *Tractatus logico-philosophicus* conoce hoy todo el mundo científico y, más aún, todo el mundo pseudocientífico, y precisamente mientras yo estaba en el pabellón Hermann mi amigo Paul estaba a unos doscientos metros en el pabellón Ludwig, el cual, sin embargo, no pertenecía como el pabellón Hermann al departamento de pulmón y, por consiguiente, a la llamada *Baumgartnerhöhe*, sino al manicomio *Am Steinhof*. En la Wilhelminenberg, enormemente extendida al oeste de Viena y dividida desde hace decenios en dos partes, concretamente la destinada a los enfermos de pulmón, llamada para abreviar *Baumgartyaerhöhe* y que era mi zona, y la destinada a los enfermos mentales, que en el mundo se conoce por *Am Steinhof*, la más pequeña *Die Baumgartnerhöhe*, la más grande *Am Steinhof*, los pabellones llevan nombres de persona. Era grotesco ya pensar que mi amigo Paul estaba precisamente en el pabellón Ludwig. Cuando yo veía al profesor Salzer dirigirse al quirófano sin mirar a un lado ni a otro, pensaba siempre que mi amigo Paul llamaba a su tío una y otra vez, alternativamente, genio o asesino, y pensaba al ver al profesor, que entraba en la sala de operaciones o que salía de ella, si estaría entrando un genio o un asesino y si estaría saliendo un asesino o un genio. De aquella celebridad médica emanaba para mí una gran fascinación. Al fin y al cabo, antes de mi estancia en el pabellón Hermann, que incluso hoy está exclusivamente reservado a la cirugía de pulmón y, sobre todo, a la llamada cirugía del cáncer de pulmón, había visto a muchos médicos,

y había *estudiado* también a todos aquellos médicos, porque en definitiva eso se había convertido para mí en costumbre, pero el profesor Salzer, desde el momento mismo en que lo vi, eclipsó a todos aquellos médicos. Su grandiosidad en todos los aspectos me resultaba absolutamente impenetrable, y para mí se componía sólo de lo que, cuando lo observaba, admiraba al mismo tiempo y también de rumores. El profesor Salzer, según decía mi amigo Paul, había sido durante muchos años un *taumaturgo*, y pacientes sin la menor probabilidad habían sobrevivido *durante decenios* a las operaciones de Salzer, pero otros en cambio, según afirmaba una y otra vez mi amigo Paul, habían muerto como consecuencia de *algún cambio meteorológico brusco e imprevisto, bajo un bisturí que se había puesto nervioso*. Sea como fuere. El profesor Salzer, que había sido realmente una celebridad mundial y era, por añadidura, tío de mi amigo Paul, no me había operado precisamente *porque* ejercía en mí aquella enorme fascinación y también porque su absoluta celebridad mundial sólo me causaba un espanto atroz, en medio del cual, y en fin de cuentas también a causa de lo que había *sabido* por mi amigo Paul sobre su tío Salzer, me había decidido por el honesto médico jefe del Waldviertel y en contra de la eminencia del distrito I. Había observado también una y otra vez, durante las primeras semanas de mi estancia en el pabellón Hermann, que los pacientes que no habían sobrevivido a su operación eran precisamente los que había operado el profesor Salzer, tal vez fuera un período de mala suerte de aquella celebridad mundial, por lo que, como es natural, de repente le cogí miedo y me decidí por el médico jefe del Waldviertel, lo que, como hoy veo, fue sin duda una suerte. Pero estas especulaciones no tienen sentido. Mientras que yo veía al profesor Salzer al menos una vez por semana, aunque sólo fuera, al principio, por la rendija de la puerta, mi amigo Paul, del que el profesor Salzer era al fin y al cabo tío, no lo vio una sola vez en los muchos meses que estuvo en el pabellón Ludwig, aunque, como me consta, el profesor Salzer sabía que su sobrino estaba internado en el pabellón Ludwig y, según pensé entonces, al profesor Salzer le hubiera sido fácil, sin duda, dar los pocos pasos que había del pabellón Hermann al pabellón Ludwig. Las razones que impedían al profesor Salzer visitar a su sobrino Paul no las conozco, quizá fueran de peso, pero quizá fuera también la comodidad la única razón que le impedía visitar a su sobrino, el cual, mientras que yo estaba por primera vez en el pabellón Hermann, había estado hospitalizado ya a menudo en el pabellón Ludwig. Dos veces al año al menos, en los últimos veinte años de su vida, tuvo que ser llevado mi amigo, siempre de la noche a la mañana y cada vez *en las condiciones más horribles*, al manicomio *Am Steinhof*, y con los años también, una y otra vez y con intervalos cada vez más breves, al llamado *Hospital Wagner-Jauregg* de Linz, cuando se veía sorprendido por un ataque en la Alta Austria, en las cercanías del lago de Traunsee, donde había nacido y se había criado y donde, hasta su muerte, tuvo derecho de residencia en una vieja alquería, de siempre perteneciente a la familia Wittgenstein. Su enfermedad mental, que sólo puede calificarse de *así llamada* enfermedad mental, se manifestó ya muy pronto, más o

menos cuando él tenía treinta y cinco años. El mismo sólo hablaba de ello raras veces, pero, por todo lo que sé de mi amigo, no me resulta difícil hacerme también una idea de la aparición de esa llamada enfermedad mental suya. Ya de niño había estado Paul predispuesto a esa llamada enfermedad mental, nunca exactamente clasificada. El recién nacido nació ya *enfermo mental*, con aquella llamada enfermedad mental que dominó luego a Paul durante toda su vida. Con aquella llamada enfermedad mental vivió luego hasta su muerte de la forma más lógica, lo mismo que otros viven *sin* esa enfermedad mental. Esa llamada enfermedad mental demostró de la forma más deprimente la impotencia de los médicos y de la ciencia médica en general. Esa impotencia médica de los médicos y de su ciencia dio una y otra vez a la llamada enfermedad mental de Paul las designaciones más sensacionales, pero como es natural nunca la correcta, porque en su aturdimiento eran incapaces de ello, y todas esas designaciones suyas, relativas a la llamada enfermedad mental de mi amigo, resultaron ser una y otra vez equivocadas y francamente absurdas, y cada una de ellas anulaba a la otra, una y otra vez, de la forma más vergonzosa y, al mismo tiempo, más deprimente. Los llamados médicos psiquiatras designaban la enfermedad de mi amigo unas veces de esta forma y otras de aquélla, sin tener el valor de reconocer que para *aquella*, como para todas las demás enfermedades, no hay calificación correcta sino *siempre*, únicamente, designaciones equivocadas, siempre engañosas, porque en fin de cuentas, como todos los demás médicos, se facilitaban las cosas y, en definitiva, se las simplificaban de un modo criminal, al menos *designando una y otra vez las enfermedades de forma equivocada*. A cada instante pronunciaban la palabra *maníaco*, a cada instante la palabra *depresivo* y en todos los casos era siempre falso. A cada instante se refugiaban (¡como todos los médicos!) en alguna nueva expresión científica, para protegerse y tranquilizarse a sí mismos (¡no a los pacientes!). Como todos los médicos, los que trataban a Paul se parapetaban también, lo mismo que sus predecesores desde hace siglos, tras el latín, que con el tiempo levantaba entre ellos y sus pacientes como un muro infranqueable e impenetrable, con el único objeto de encubrir su incompetencia y enmascarar su charlatanería. Ya desde el principio de su tratamiento, cuyos métodos en cualquier caso, como sabemos, sólo pueden ser inhumanos y asesinos y letales, interponían el latín entre ellos y sus víctimas como un muro realmente invisible, pero más impenetrable que ninguno. El médico psiquiatra es el más incompetente y está siempre más próximo al asesino perverso que a su ciencia. Durante toda mi vida nada he temido más que caer en manos de los médicos psiquiatras, en comparación con los cuales todos los demás, que en fin de cuentas sólo son también funestos, resultan sin embargo mucho menos peligrosos, porque los psiquiatras, en nuestra sociedad actual, siguen siendo totalmente un caso aparte y gozan de inmunidad y, después de haber podido estudiar los métodos que durante muchos años ensayaron sin escrúpulos en mi amigo Paul, los temía con un temor mucho más intenso aún. Los médicos psiquiatras son los verdaderos demonios de nuestra época. Se dedican a su negocio protegido, en

el sentido más auténtico de la palabra, de la forma más vergonzosamente inatacable, sin ley y sin conciencia. Cuando me fue ya posible levantarme e ir hasta la ventana, y finalmente incluso al pasillo, y andar, con todos los demás candidatos a la muerte que podían hacerlo, de un extremo a otro del pabellón, y finalmente pude incluso salir un día del pabellón Hermann, traté de llegar hasta el pabellón Ludwig. Sin embargo, había sobreestimado bastante mis fuerzas y tuve que detenerme ya antes del pabellón Ernst. Me tuve que sentar en el banco allí atornillado al muro y calmarme antes de nuevo, para poder volver siquiera por mí mismo al pabellón Hermann. Si los pacientes están en cama semanas o tal vez meses, sobreestiman absolutamente sus fuerzas cuando pueden volver a levantarse, se proponen sencillamente demasiado y a veces retroceden semanas por esa tontería, muchos se han buscado sencillamente, con alguna de esas empresas súbitas, la muerte a la que habían escapado antes mediante una operación. Aunque soy un enfermo experimentado y, durante toda mi vida, he tenido que vivir con mis enfermedades más o menos graves y gravísimas y, en definitiva, siempre con las llamadas *enfermedades incurables*, una y otra vez he caído en el diletantismo en materia de enfermedad, y he cometido tonterías, imperdonables. Primero unos pasos, cuatro o cinco, luego diez u once, luego trece o catorce, y finalmente veinte o treinta, *así* tiene que actuar un enfermo, y no levantarse enseguida y salir y marcharse, lo que la mayoría de las veces resulta mortal. Pero el enfermo encerrado durante meses ansía en esos meses salir y no sabe aguardar el momento en que podrá dejar su habitación de enfermo y, como es natural, no se contenta con dar unos pasos por el pasillo, no, sale al aire libre y se mata a sí mismo. Mueren tantos por haber salido demasiado pronto, y no porque haya fracasado el arte médico. Se les puede reprochar todo a los médicos pero en el fondo, naturalmente por indolentes que sean, incluso despiadados y hasta obtusos, no quieren otra cosa que mejorar el estado de sus pacientes pero el paciente tiene que hacer lo que esté de su parte, y no socavar los esfuerzos de los médicos levantándose demasiado pronto (¡o demasiado tarde!) o saliendo demasiado pronto y yendo demasiado lejos. Aquella vez fui sin duda alguna demasiado lejos, el pabellón Ernst era ya, al fin y al cabo, demasiado lejos. Hubiera tenido que volverme ya ante el pabellón Franz. Pero quería ver sin falta a mi amigo. Agotado, totalmente sin aliento, yo estaba sentado en el banco situado ante el pabellón Ernst y miraba entre los árboles al pabellón Ludwig. Probablemente, como al fin y al cabo soy enfermo de pulmón pero no enfermo mental, no me hubieran dejado entrar en absoluto en el pabellón Ludwig, pensé. A los enfermos de pulmón les estaba severamente prohibido dejar su zona y visitar la de los enfermos mentales, y también a la inversa. Era verdad que una zona estaba separada de la otra por una alta verja, pero esa verja estaba parcialmente tan oxidada que ya no resultaba infranqueable, por todas partes había grandes agujeros en aquella verja, por los que se podía pasar fácilmente de una zona a otra, *al menos arrastrándose*, y recuerdo que todos los días había enfermos mentales en la zona de los enfermos de pulmón y, a la inversa, siempre enfermos de pulmón en la zona de los enfermos mentales pero

entonces, cuando intenté por primera vez ir del pabellón Hermann al pabellón Ludwig, no sabía aún nada de ese tráfico continuo entre una zona y otra. Los enfermos mentales en la llamada zona de pulmón fueron para mí más tarde un diario espectáculo familiar, al atardecer tenían que ser capturados por los guardianes y metidos en camisas de fuerza, y tenían que ser sacados de la zona de pulmón y devueltos a la de los enfermos mentales con porras de goma, como vi con mis propios ojos, y eso no ocurría sin gritos lastimeros que me perseguían hasta en mis sueños nocturnos. Los enfermos de pulmón dejaban su zona para dirigirse a la de los enfermos mentales, al fin y al cabo, sólo por curiosidad, porque esperaban cada día algo sensacional que los distrajera de su horrible rutina de aburrimiento mortal y pensamientos de muerte. Y realmente no me veía decepcionado y encontraba lo previsto cuando dejaba la zona de pulmón e iba a la de los enfermos mentales, que hacían sus números por todas partes donde se les podía ver. Posiblemente me atreveré en otro texto, más adelante, a hacer una descripción de las condiciones en aquel departamento de enfermos mentales, de las que fui testigo. Ahora estaba sentado en el banco situado ante el pabellón Ernst, pensando que tendría que esperar una semana entera para hacer un *segundo* intento de llegar al pabellón Ludwig, porque era evidente que ese día sólo podría volver al pabellón Hermann. Observaba desde el banco las ardillas que correteaban por todas partes en aquel parque gigantesco, que desde allí parecía infinito, trepando a los árboles y bajando de los árboles, y que parecían no tener más que una sola pasión: se apoderaban de los pañuelos de papel que había en el suelo por todas partes, arrojados por los pacientes de pulmón, y se los llevaban a toda velocidad a los árboles. Corrían por todas partes con aquellos pañuelos de papel en la boca, desde todas y hacia todas las direcciones, hasta que en el crepúsculo no se podía ver ya más que los puntos blancos de los pañuelos de papel que llevaban en la boca, correteando de un lado a otro. Estaba allí sentado y disfrutaba del espectáculo, con el que, como es natural, relacionaba los pensamientos surgidos espontáneamente de esa observación. Era junio y las ventanas del pabellón estaban abiertas y, con un ritmo realmente proyectado de modo genialmente contrapuntístico y, en definitiva, orquestado también, los pacientes tosían por esas ventanas hacia el atardecer que comenzaba. No quise exasperar la paciencia de las hermanas y me levanté y volví al pabellón Hermann. Después de la operación, pensaba, puedo respirar realmente mejor otra vez, incluso realmente muy bien, tengo el corazón despejado, pero sin embargo yo no tenía buenas perspectivas, la palabra *cortisona* y la terapia encadenada a esa palabra ensombrecían mis pensamientos. Pero no estaba absolutamente sin esperanzas durante todo el día. Me despertaba sin esperanzas y trataba de escapar a esa desesperanza y me escapaba realmente hasta aproximadamente el mediodía. Por la tarde la desesperanza se presentaba de nuevo, hacia el atardecer desaparecía otra vez y por la noche, cuando me despertaba, estaba como es natural allí de nuevo, con la mayor brutalidad. Pensaba que los médicos habían tratado a los pacientes que había visto ya morir exactamente igual que a mí y

habían intercambiado con ellos las mismas palabras y sostenido por consiguiente las mismas conversaciones, y habían hecho los mismos chistes también, mi camino, más o menos, no será otro que el camino de los que la muerte se ha llevado ya. Morían en el pabellón Hermann sin que nadie se percatara, sin gritos, sin llamadas de auxilio, la mayoría de las veces totalmente en silencio. Muy de mañana su cama vacía estaba en el pasillo, y se cambiaban las sábanas para el siguiente. Las hermanas sonreían cuando pasábamos a su lado, no les molestaba que lo supiéramos. A veces pensaba: ¿por qué quiero yo prolongar el camino que tengo que recorrer, por qué no me resigno yo a ese camino, exactamente igual que los demás? ¿De qué sirven esos esfuerzos al despertarme para no morir, de qué sirven? Naturalmente, todavía hoy me pregunto a menudo si no hubiera sido mejor ceder, porque entonces, sin duda, hubiera recorrido en el plazo más breve *mi* camino, y me hubiera muerto en pocas semanas, de eso estoy completamente seguro. Pero no me morí y seguí viviendo y vivo todavía hoy. El que mi amigo Paul estuviera en el pabellón Ludwig al mismo tiempo que yo en el pabellón Hermann, aunque la primera vez que yo estuve en el pabellón Hermann él no sabía que yo estaba entonces en el pabellón Hermann, lo que luego, sin embargo, le reveló un día la indiscreción de nuestra común amiga Irina, que nos visitaba a los dos alternativamente, lo consideré un buen presagio. Yo sabía que mi amigo se quedaba siempre varias semanas o varios meses en Steinhof, desde hacía ya muchos años, y que *cada vez* había vuelto a salir, y por eso pensaba: yo también volveré a salir, aunque la verdad era que no se nos podía comparar a él y a mí, en ningún aspecto, pero yo me imaginaba que me quedaría allí unas semanas o unos meses y volvería a salir, como él. Y en definitiva esa idea no resultó equivocada. Al cabo de cuatro meses, finalmente pude volver a dejar la Baumgartnerhöhe, no me morí como los otros, y él estaba fuera hacía tiempo. Sin embargo, en el camino del pabellón Ernst al pabellón Hermann yo seguía teniendo pensamientos que eran decididamente de muerte. No creía poder salir vivo del pabellón Hermann, para eso había visto y oído demasiadas cosas en el pabellón Hermann, y sentía cualquier cosa menos un atisbo de esperanza. El crepúsculo no hacía las cosas más fáciles, como suele creerse, sino más difíciles y casi insoportables. Después de haberme pedido explicaciones la hermana de servicio, que me ilustró sobre mi comportamiento irresponsable, incluso crimen totalmente estúpido, me dejé caer en la cama y me dormí enseguida. Pero en la Baumgartnerhöhe no había podido dormir una sola noche entera, y en el pabellón Hermann me despertaba ya la mayoría de las veces al cabo de una hora, o me sobresaltaba saliendo de un sueño que, como todos mis sueños, me había llevado hasta el abismo de mi existencia, o me despertaba por algún ruido en el pasillo, cuando alguno, en las habitaciones vecinas, necesitaba urgentemente ayuda o moría, o cuando mi vecino de cama utilizaba la botella de orinar, lo que, aunque yo le había dicho repetidas veces cómo debía hacerlo para no hacer ruido, jamás hacía sin ruido, al contrario, la mayoría de las veces golpeaba con la botella de orinar en mi mesilla de noche de hierro y no sólo una sino varias veces, de forma que cada vez

tenía que soportar una furiosa conferencia por mi parte en la que le explicaba repetidas veces *cómo* tenía que manejar la botella de orinar para no despertarme, pero era inútil; también a su vecino del otro lado, el lado de la puerta, pues yo estaba en el de la ventana, lo despertaba cada vez, el señor Immervoll, policía, apasionado jugador de diecisiete y cuatro, que me enseñó a jugar al diecisiete y cuatro, que desde entonces hasta hoy no he podido dejar y me ha llevado muy a menudo al borde del delirio, e incluso de la demencia, y, como es sabido, un paciente que sólo duerme con somníferos y por añadidura en un hospital como el de la Baumgartnerhöhe, donde sólo había enfermos graves y gravísimos internados, no puede volver a dormirse de ninguna manera, una vez que se ha despertado. Mi otro vecino era un estudiante de teología, hijo de un matrimonio de magistrados de Grinzing, más exactamente del Schreiberweg, es decir, de uno de los barrios más elegantes y caros de Viena, y era un personaje totalmente mimado. Nunca había vivido antes con otros en una habitación, y yo fui sin duda el primero que le hizo notar que, cuando se vive con otros en un cuarto, hay que tener en cuenta sin falta a esos otros *y, precisamente porque era estudiante de teología*, de la forma más natural. Pero a aquel hombre era difícil educarlo, en cualquier caso al principio; llegó a la habitación después que yo, también en un estado desesperado, y, lo mismo que a mí y que a todos los demás, le abrieron el cuello y le sacaron un tumor, y al pobre *le faltó un pelo*, como se decía, para quedarse en la operación, lo había operado el profesor Salzer. Pero eso no quiere decir, naturalmente, que con otro cirujano no se hubiera muerto *casi también*. Estudiante de teología tenía que ser, había pensado yo cuando aquel hombre llegó a la habitación: las religiosas lo mimaban de una forma repulsiva; y, mientras lo mimaban por todos los medios, nos descuidaban a mí y al policía Immervoll con la misma intensidad. Por ejemplo, la hermana que estaba de servicio de noche había colocado por la mañana en la mesilla de noche de mi estudiante de teología todo lo que le habían regalado a ella los pacientes durante la noche, chocolate, vino, todos los dulces imaginables de la ciudad y, como es natural, siempre de las mejores pastelerías, de Demel, de Lehmann, de la pastelería Sluka, junto al Ayuntamiento, tan famosa como aquéllas, y enseguida le dieron a él no una, como estaba mandado y nos correspondía a nosotros, sino dos porciones de yema mejida, precisamente esa yema mejida que todavía hoy me gusta más que nada en el mundo y que en el pabellón Hermann era la norma, porque en el pabellón Hermann no había más que enfermos de muerte y la leche mejida, servida en la cama del enfermo, es siempre característica de los enfermos de muerte. Sin embargo, le quité muy pronto a mi estudiante de teología muchas malas costumbres, por lo que a su vez su vecino, el policía Immervoll, me estuvo reconocido, porque nuestro compañero de padecimientos le había resultado como a mí más de lo que podía soportar, molestándolo con su egoísmo. Los enfermos de larga duración, como yo y como Immervoll, se han acostumbrado desde hace tiempo al papel que les corresponde, el papel de un ser insignificante y considerado, y que no llama la atención, porque sólo ese papel hace

soportable a la larga el estar enfermo; la rebeldía, la impertinencia y la obstinación con el tiempo debilitan el organismo de una forma realmente letal, y un enfermo de larga duración, por lo tanto, no puede permitírselas. Como mi estudiante de teología era realmente capaz de levantarse e ir al retrete, un día le prohibí utilizar la botella. Inmediatamente tuve en contra a las enfermeras, que naturalmente vaciaban *de mil amores* la botella del estudiante de teología, pero yo insistí en que se levantara y saliera, porque no veía por qué yo e Immervoll teníamos que levantarnos y salir para hacer aguas, mientras que el estudiante de teología podía hacer aguas en la cama y en la botella, lo que nos apestaba el aire de la habitación, de todas formas ya casi irrespirable. Me salí con la mía, y el estudiante de teología, cuyo nombre he olvidado, creo que se llamaba Walter pero no lo sé ya con certeza, iba al retrete, y durante varios días las hermanas no se dignaron mirarme. Pero eso me era indiferente. Sólo esperaba el día en que realmente pudiera visitar a mi Paul, sorprenderlo con una visita, pero después de mi fracaso en el primer intento, que me hizo renunciar y darme la vuelta ya en el pabellón Ernst, veía ese día muy lejano. Estaba echado en la cama mirando afuera y tenía siempre la misma vista sobre la copa de un pino gigantesco. El sol se levantaba y se ponía detrás, sin que durante una semana yo tuviese valor para dejar la habitación. Finalmente me visitó, después de haber visitado a mi amigo Paul, nuestra común amiga Irina, en cuyo piso de la Blumenstockgasse había conocido a Paul Wittgenstein: había llegado allí en medio de una discusión sobre la *Sinfonía Haffner* interpretada por la London Philharmonic bajo la dirección de Schuricht, lo que me vino muy bien, porque, lo mismo que mis interlocutores, un día antes de la discusión había escuchado a Schuricht dirigir esa sinfonía en la Musikverein y había tenido la impresión de no haber escuchado nunca, en toda mi existencia musical, un concierto más perfecto. Los tres, yo, Paul y su amiga Irina, una persona muy musical y sin lugar a dudas una de las más extraordinarias entendidas en materia de arte, habíamos sido de la misma opinión en relación con el concierto. Durante esa discusión, en la que, como es natural, no se trató de cosas fundamentales pero sí decisivas, que no nos habían gustado a los tres por igual y con la misma intensidad, se fundó en unas horas, como de forma espontánea, mi amistad con Paul. Hacía años que lo había visto ya una y otra vez, pero nunca había cambiado con él palabra, y allí en la Blumenstockgasse, muy alto, en el cuarto piso de una casa de fin de siglo sin ascensor, fue el comienzo. Era una habitación gigantesca, amueblada con muebles sencillos pero cómodos, aquella en que hablamos los tres sobre Schuricht, mi director de orquesta preferido, y la sinfonía Haffner, mi sinfonía preferida, y sobre aquel concierto decisivo para nuestra amistad, durante horas, hasta el agotamiento total. La pasión de Paul Wittgenstein por la música, que no tomaba en consideración nada más, y que por lo demás ha caracterizado siempre a nuestra amiga Irina, me había predispuesto inmediatamente en su favor, sus conocimientos absolutamente extraordinarios sobre todo en relación con las grandes obras orquestales de Mozart y de Schumann, por no hablar de su

fanatismo por la ópera, que de todas formas me resultó pronto siniestro, y que todo Viena conocía y realmente no era sólo temible, sino también enfermizo ya de una forma fatal, como pronto se vio, y su gran cultura artística, no sólo musical sino general, que se distinguía de la de todos los demás, por ejemplo, por sus comparaciones más o menos ininterrumpidas y en cualquier momento verificables entre músicas oídas, conciertos presenciados, y virtuosos y orquestas estudiados, que eran siempre auténticas en grado sumo, como pronto comprendí, me hicieron reconocer y aceptar sin dificultad a Paul Wittgenstein como un amigo nuevo y absolutamente extraordinario. Nuestra amiga Irina, cuyo destino ha sido por lo menos tan notable y aventurero como el de Paul Wittgenstein, y que, por ejemplo, ha estado tantas veces unida a alguien y tantas veces casada que no se pueden contar con los dedos de ambas manos, nos visitaba a menudo en aquellos días difíciles en la Wilhelminenberg, apareciendo con su chaqueta de punto roja, sin preocuparse de las horas de visita, en esa Wilhelminenberg. Desgraciadamente, como queda dicho, le reveló un día a Paul que yo estaba en el pabellón Hermann, y con ello me privó de mi proyectada sorpresa, es decir, de una visita repentina al pabellón Ludwig. A Irina, que hoy está casada con lo que se llama un musicólogo y se ha ido al idílico Burgenland, es a quien debo en definitiva mi amistad con Paul. Yo conocía a mi amigo desde hacía ya dos o tres años antes de llegar al pabellón Hermann, y el hecho de que los dos, de repente y al mismo tiempo, hubiéramos ido a parar a la Wilhelminenberg, por decirlo así *al final de nuestra vida*, no lo consideraba casualidad. Pero tampoco hacía de ello demasiado misterio. Yo, en el pabellón Hermann, pensaba: tengo a mi amigo en el pabellón Ludwig, y por esa razón no estoy solo. Pero en realidad tampoco sin Paul hubiese estado solo en aquellos días y semanas y meses en la Baumgartnerhöhe, porque al fin y al cabo tenía al *ser de mi vida*, el que, después de la muerte de mi abuelo, fue decisivo para mí en Viena, a la amiga de mi vida, a la que no sólo debo mucho sino, dicho sea francamente, desde el momento en que, hace más de treinta años, apareció a mi lado, se lo debo más o menos todo. Sin ella no estaría ya siquiera con vida y, en cualquier caso, no hubiera sido nunca el que soy, tan loco y tan infeliz, pero también feliz, como siempre. Los iniciados saben todo lo que se esconde tras esa expresión *ser de mi vida*, a través del cual y del cual extraigo mis fuerzas y, una y otra vez, mi supervivencia, y de nadie más, ésa es la verdad. Esa mujer para mí ejemplar en todos los sentidos, inteligente, que nunca me ha dejado en la estacada en un solo momento decisivo y de la que en los últimos treinta años he aprendido o, por lo menos, aprendido a comprender casi todo, y de la que todavía hoy aprendo y, por lo menos, aprendo a entender lo decisivo, me visitaba entonces casi a diario y se sentaba a mi cabecera. Con montañas de libros y periódicos subía penosamente, en medio de un calor abrasador, a la Baumgartnerhöhe, en una atmósfera que puede suponerse conocida. Y, después de todo, ese *ser de mi vida* tenía ya entonces más de setenta años. Pero hoy, así pienso, a los ochenta y siete, actuaría exactamente igual. Pero al fin y al cabo ese *ser de mi vida* no es el centro de estas notas que escribo para

mí sobre Paul, aunque la verdad es que entonces, cuando yo estaba estacionado, estaba aislado, estaba apartado y dado de baja en la Wilhelminenberg, desempeñó en mi vida, en mi existencia, el mayor papel, el centro de estas notas es mi amigo Paul, estacionado, aislado, apartado y dado de baja conmigo entonces en la Wilhelminenberg, al que, con estas notas, quiero explicarme otra vez, con estos jirones de recuerdos que deben aclararme, deben traerme a la memoria en este momento no sólo la situación sin salida de mi amigo sino también mi propia situación sin salida de entonces, porque, lo mismo que Paul entonces había ido a parar otra vez a uno de los callejones sin salida de su vida, yo también había ido a parar o, mejor dicho aún, había sido empujado a uno de los callejones sin salida de mi vida. Lo mismo que Paul, como tengo que decir, yo había exagerado otra vez y, por consiguiente, sobreestimado y, por consiguiente, explotado más allá del máximo mi existencia. Lo mismo que Paul, me había explotado a mí mismo otra vez por encima de todas mis posibilidades, lo había explotado todo por encima de todas las posibilidades, con la enfermiza falta de consideración hacia mí y hacia todo que destruyó un día a Paul y que un día me destruirá exactamente igual que a Paul, porque lo mismo que Paul pereció por su enfermiza sobreestimación de sí mismo y del mundo, yo también pereceré, a la corta o a la larga, por mi propia sobreestimación enfermiza de mí mismo y del mundo. Lo mismo que Paul, yo también me había despertado entonces en la Wilhelminenberg en un lecho de enfermo, como producto casi totalmente destruido de esa sobreestimación de mí mismo y del mundo, y de forma totalmente lógica Paul en el manicomio y yo en el establecimiento de pulmón, o sea Paul en el pabellón Ludwig y yo en el pabellón Hermann. Lo mismo que Paul, durante años, había corrido más o menos casi hasta la muerte en su locura, yo había corrido durante años más o menos hacia la muerte en la mía. Lo mismo que el camino de Paul había tenido que terminar, había tenido que interrumpirse, una y otra vez, en un manicomio, así mi camino había tenido que terminar, interrumpirse, una y otra vez, en un establecimiento de pulmón. Lo mismo que Paul, una y otra vez, alcanzaba un grado máximo de rebeldía contra sí mismo y contra su entorno y tenía que ser internado en el manicomio, yo mismo alcanzaba una y otra vez un grado máximo de rebeldía contra mí mismo y contra mi entorno y era internado en un establecimiento de pulmón. Lo mismo que Paul, una y otra vez y con intervalos cada vez más cortos, como cabe imaginar, no se soportaba ya a sí mismo ni soportaba al mundo, yo también, con intervalos cada vez más cortos, no me soportaba a mí mismo ni soportaba al mundo y, lo mismo que Paul en el manicomio, *volvía a mí* en el establecimiento de pulmón, como puede decirse. Lo mismo que, en fin de cuentas, los alienistas destruyeron una y otra vez a Paul y, sin embargo, lo levantaron otra vez sus propias energías, los médicos de pulmón me destruyeron una y otra vez y me levantaron mis propias energías otra vez; lo mismo que, en fin de cuentas, las casas de locos lo marcaron, como tengo que decir, los hospitales de tuberculosos me marcaron, según pienso; lo mismo que a él, durante largos períodos de su vida, lo

educaron los locos, me educaron a mí los enfermos de pulmón, y lo mismo que él, en definitiva, se formó en la comunidad de los locos, yo me formé en la comunidad de los enfermos de pulmón, y la formación entre los locos no es muy distinta de la formación entre los enfermos de pulmón. Los locos le enseñaron de forma decisiva la vida y la existencia, y a mí los enfermos de pulmón, con la misma decisión, lo mismo que a él la locura, a mí la tuberculosis, y Paul se volvió loco, por decirlo así, porque un día perdió el dominio, como puede decirse, lo mismo que yo me volví tuberculoso porque, igualmente, un día perdí el dominio. Paul se volvió loco porque, de repente, se enfrentó con todo y, como es natural, se vio derribado, lo mismo que yo me vi derribado un día porque, como él, me enfrenté con todo, sólo que él se volvió *loco* por la misma razón por la que yo me volví *tuberculoso*. Pero Paul no se volvió más loco de lo que yo estoy, porque estoy por lo menos tan loco como estaba Paul, por lo menos tan loco como dice la gente que estaba Paul, sólo que, además de mi locura, me volví también tuberculoso. La diferencia entre Paul y yo es al fin y al cabo sólo que Paul se dejó dominar *totalmente* por su locura, mientras que yo no me he dejado dominar nunca totalmente por mi locura, igualmente grande, él, por decirlo así, fue absorbido por su locura, mientras que yo durante toda mi vida he explotado, he dominado mi locura; mientras que Paul nunca dominó su locura, yo he dominado siempre la mía y quizá por esa razón mi propia locura ha sido incluso una locura mucho más loca que la de Paul. Paul sólo tenía su locura y existía a partir de esa locura, yo tenía, además de mi locura, la tuberculosis y exploté las dos, la locura tanto como la tuberculosis: hice de *ellas* un día, en un abrir y cerrar de ojos, mi *f fuente existencial* para toda la vida. Lo mismo que Paul, durante decenios, ha *vivido* el loco, yo he *vivido* durante decenios el tuberculoso, y lo mismo que Paul, durante decenios, ha interpretado el papel de loco, yo, durante decenios, he *interpretado el papel* de tuberculoso, lo mismo que él ha *explotado* para sus fines al loco, yo he *explotado* para mis fines al enfermo. Lo mismo que otros intentan durante toda su vida conseguir y asegurarse un patrimonio más o menos grande o un arte más o menos elevado o elevado y se atreven a explotar y convertir en único contenido de su vida ese patrimonio y ese arte, por todos los medios y en todas las circunstancias, Paul se aseguró y consiguió y explotó y convirtió en contenido de su vida, en todas las circunstancias y por todos los medios, su locura, lo mismo que yo mi tuberculosis, lo mismo que yo mi locura, lo mismo que yo en definitiva, a partir de esa tuberculosis y a partir de esa locura, por decirlo así, mi arte. Pero, lo mismo que Paul, en definitiva, trató su locura de forma cada vez más desconsiderada, yo traté mi tuberculosis y mi locura de forma cada vez más desconsiderada, y al tratar, por decirlo así, de forma cada vez más desconsiderada nuestras enfermedades, tratamos también a nuestro mundo circundante de forma cada vez más desconsiderada y por ello nuestro mundo circundante, como es natural, a la inversa, nos trató de forma cada vez más desconsiderada y, con intervalos cada vez más cortos, fuimos a parar a los establecimientos que nos correspondían, a los establecimientos para locos Paul y a los

establecimientos para enfermos de pulmón yo. Y aunque otras veces habíamos ido a parar muy lejos uno de otro en los establecimientos que nos correspondían, en mil novecientos sesenta y siete, de repente, fuimos a parar los dos al mismo tiempo a la Wilhelminenberg y, en la Wilhelminenberg, *profundizamos* en nuestra amistad. Si no hubiéramos ido a parar en mil novecientos sesenta y siete a la Wilhelminenberg no se habría producido probablemente esa *profundización de nuestra amistad*. Después de muchos años de abstinencia involuntaria de amistad, tenía otra vez de repente un auténtico amigo, que comprendía hasta las escapadas más demenciales de mi cabeza, sin embargo muy complicada y por lo tanto nada sencilla, y se atrevía a dejarse llevar por las escapadas más demenciales de mi cabeza, de lo que todos los demás de mi entorno nunca fueron capaces, porque la verdad es que no estaban nada dispuestos a ello. Aunque yo no hiciera más que mencionar un tema, como suele decirse, ese tema se desarrollaba ya exactamente en la dirección en que tenía que desarrollarse en nuestras cabezas, y no sólo en lo que se refiere a la música, su especialidad y mi especialidad primera y suprema, sino también a todas las demás. Nunca había conocido antes a una persona con un don de observación más agudo, a ninguna de mayor riqueza mental. Sólo que Paul tiraba ininterrumpidamente por la ventana su riqueza mental exactamente lo mismo que su riqueza en dinero, pero mientras que su riqueza en dinero quedó muy pronto definitivamente tirada por la ventana y agotada, su riqueza mental era realmente inagotable; la tiraba ininterrumpidamente por la ventana y ella se multiplicaba (al mismo tiempo) ininterrumpidamente, cuanto más de su riqueza mental tiraba por la ventana (de su cabeza), tanto más aumentaba esa riqueza, eso es al fin y al cabo lo característico de esas personas que al principio están locas y finalmente son calificadas de dementes, el que cada vez más y de forma cada vez más ininterrumpida tiran su riqueza mental por la ventana (de su cabeza) y, al mismo tiempo, en esa cabeza suya, su riqueza mental se multiplica con la misma rapidez con que la tiraron por la ventana (de su cabeza). Cada vez tiran más riqueza mental por la ventana (de su cabeza) y, al mismo tiempo, esa riqueza se hace cada vez mayor en su cabeza y, como es natural, cada vez más amenazadora, y finalmente no pueden seguir tirando la riqueza mental (de su cabeza) y su cabeza no aguanta ya esa riqueza mental que se multiplica constantemente en su cabeza y se acumula en esa cabeza suya, y explota. Así explotó sencillamente la cabeza de Paul, porque no pudo seguir tirando la riqueza mental (de su cabeza). Así explotó también la cabeza de Nietzsche. Así explotaron en fin de cuentas todas esas locas cabezas filosóficas, porque no pudieron seguir tirando su riqueza mental. En esas cabezas surge finalmente de forma continua y realmente ininterrumpida la riqueza mental, con una velocidad mucho mayor y más atroz que aquella con la que puede ser tirada por la ventana (de su cabeza), y un día su cabeza explota y están muertos. Así explotó un día la cabeza de Paul y estuvo muerto. Eramos semejantes y sin embargo totalmente distintos. Por ejemplo, los pobres preocupaban a Paul y lo conmovían, a mí me preocupaban pero no me conmovían, porque, por mi mecanismo mental, nunca he

sido capaz de conmoverme al estilo de Paul por ese tema viejo como el mundo, y aún hoy soy incapaz de ello. Paul se echó a llorar al ver a un niño acurrucado a orillas del Traunsee, el cual realmente, como comprendí enseguida, había sido puesto por su astuta madre a orillas del Traunsee sólo con el repulsivo fin de conmover y provocar la mala conciencia de los que pasaran y desatar sus bolsas. A diferencia de Paul, yo no había visto sólo a aquel niño explotado por su codiciosa madre y su miseria, sino también detrás, agachada entre unos arbustos y contando todo un montón de billetes con asquerosa habilidad financiera, a la madre de aquel niño explotado de la forma más innoble; Paul sólo veía al niño y su miseria, no a la madre que estaba allí detrás contando dinero, y él se puso a sollozar incluso y le dio al niño, por decirlo así avergonzándose de su propia existencia, un billete de cien chelines; mientras que yo percibí *toda la escena*, Paul sólo había visto la parte superficial de esa escena, la necesidad del niño en su inocencia, no a la madre innoble en segundo plano, la explotación perversa y abyecta por decirlo así de la bondad de mi amigo, que para él tenía que quedar oculta pero yo tenía que ver. Es característico de mi amigo que sólo viera el cuadro superficial del niño que sufría y le diera el billete de cien chelines, mientras que yo había tenido que percibir toda la repugnante desvergüenza de toda aquella escena y, como es natural, no le había dado nada al niño. Y es característico de nuestra relación que me guardara para mí lo que había observado, para proteger a mi amigo, que no le dijera que, tras los arbustos, aquella madre innoble y abyecta contaba dinero, mientras su hijo, obligado por ella, representaba la comedia de la miseria. Lo dejé solo en su contemplación superficial de la escena, y le dejé dar al niño el billete de cien chelines y sollozar, y tampoco le abrí los ojos más tarde en relación con toda aquella escena. Muy a menudo mencionaba él esa escena del niño a orillas del Traunsee, y decía que le había dado a un niño pobre y solitario un billete de cien chelines (en mi presencia), sin que yo le abriese nunca los ojos sobre toda la escena real de aquel suceso. Paul, en lo que se refiere a la miseria y la supuesta miseria de los hombres (y de la humanidad), sólo vio siempre la superficie, como la superficie de aquella escena a orillas del Traunsee, nunca la totalidad, como yo, y creo que probablemente se negaba sencillamente y, de hecho, se negó durante toda la vida a ver toda la escena, y que se contentaba con la superficie de cada una de esas escenas para protegerse a sí mismo. Yo nunca me he contentado sólo con la superficie (de una de esas escenas), igualmente para protegerme a mí mismo. Esa es la diferencia. Paul, por decirlo así, tiró por la ventana en la primera mitad de su vida muchos millones, en la creencia de que ayudaba a los desvalidos (¡y con ello a sí mismo!), mientras que en realidad y en verdad sólo arrojó esos millones a las fauces de la indignidad y la bajeza absolutas, pero como es natural se ayudó a sí mismo realmente con ello. Arrojó su dinero a los supuestamente miserables y dignos de compasión hasta que no tuvo nada. Hasta que un día estuvo totalmente confiado a la misericordia de sus parientes, que sin embargo sólo le concedieron esa misericordia el tiempo más breve y se la retiraron pronto, porque el concepto de misericordia

siempre les fue extraño. Paul procedía, reprensiblemente, de una de las tres o cuatro familias más ricas de Austria, cuyos millones se multiplicaron durante la monarquía de año en año como por sí solos, hasta que la proclamación de la República condujo al estancamiento de la riqueza de los Wittgenstein. Paul tiró por la ventana la suya muy pronto, más o menos en la creencia de poder luchar así contra la pobreza, de forma que durante la mayor parte de su vida tuvo más o menos nada y, como su tío Ludwig, creyó que tenía que tirar aquellos millones supuestamente *sucios* entre el pueblo *puro*, para salvar a ese pueblo *puro* y salvarse a sí mismo. Paul iba por las calles con fajos enteros de billetes de cien chelines, con el único fin de repartir el sucio fajo de billetes entre el pueblo *puro*. Pero sólo repartió su dinero siempre, más o menos, a esos *niños de las orillas del Traunsee*, como acabo de describir. Todas aquellas gentes a las que daba su dinero no eran más que esos niños de orillas del Traunsee, a los que siempre obligaba a aceptar su dinero, *para ayudarlos a ellos y contentarse a sí mismo*. Luego, durante corto tiempo, cuando no tenía ya nada, los suyos lo mantuvieron, por cierto perverso sentido del honor, nunca por generosidad ni, en el fondo, nunca tampoco como algo natural. Porque ellos, como hay que decir, tampoco veían sólo la superficie de su escena, sino *toda la horrible escena*. Durante un siglo los Wittgenstein produjeron armas y máquinas, hasta que en fin y final de cuentas produjeron a Ludwig y a Paul, al famoso filósofo que hizo época y al loco, por lo menos en Viena, no menos famoso o precisamente allí más famoso aún, el cual, en el fondo, era tan filosófico como su tío Ludwig, lo mismo que, a la inversa, el filosófico Ludwig tan loco como su sobrino Paul, a uno, Ludwig, lo hizo famoso su filosofía, al otro, Paul, su locura. Uno, Ludwig, fue *quizá* más filósofo, el otro, Paul, *quizá* más loco, pero posiblemente creemos que el primero, el Wittgenstein filosófico, es el filósofo, sólo porque llevó al papel su filosofía y no su locura, y que el otro, Paul, era un loco porque reprimió su filosofía y no la publicó y sólo exhibió su locura. Los dos eran personas totalmente extraordinarias y cerebros totalmente extraordinarios, uno dio publicidad a su cerebro y el otro no. Podría decir incluso que uno *publicó su cerebro* y el otro *practicó su cerebro*. ¿Y cuál es la diferencia entre un cerebro publicado y que se publica continuamente y uno practicado y que se practica continuamente? Pero naturalmente Paul, si los hubiera publicado, habría publicado escritos totalmente distintos de los de Ludwig, lo mismo que Ludwig, lógicamente, habría practicado una locura totalmente distinta de la de Paul. En cualquier caso, el nombre de Wittgenstein garantiza un nivel alto, incluso un nivel altísimo. El nivel del filósofo Ludwig lo alcanzó sin duda el loco Paul, uno representa absolutamente una cumbre de la filosofía y de la historia del espíritu, el otro, absolutamente, una cumbre de la historia de la locura, si queremos calificar la filosofía en calidad de filosofía y el espíritu en calidad de espíritu y la locura como se los califica: como conceptos históricos perversos. En el pabellón Hermann yo estaba ciertamente a sólo doscientos metros de mi amigo, pero sin embargo estaba totalmente separado de él, y nada había que yo ansiara con mayor intensidad que nuestro primer encuentro después de tantos

meses en los que había tenido que prescindir de la cabeza de Paul y en los que, entre cientos de otras cabezas, en líneas generales y por desgracia totalmente estériles, casi me había asfixiado, porque no nos engañemos, las cabezas que tenemos a nuestro alcance la mayor parte del tiempo carecen de interés, no sacamos mayor provecho de ellas que si estuviéramos con patatas desarrolladas que llevaran una existencia miserable, por desgracia en absoluto digna de compasión, sobre unos cuerpos quejumbrosos con vestidos más o menos de mal gusto. Pero llegará el día en que visitaré realmente a Paul, pensaba, y tomaba ya algunas notas sobre lo que me proponía discutir con él, sobre todo aquello de lo que, durante tantos meses, no había podido hablar con nadie. Sin Paul no me era posible sencillamente ninguna conversación sobre música en aquellos tiempos, ni tampoco sobre filosofía, sobre política, sobre matemáticas. Cuando estaba casi muerto dentro de mí, sólo tenía que visitar a Paul para, por ejemplo, resucitar mi pensamiento musical. El pobre, pensaba, está encerrado en el pabellón Ludwig, y posiblemente metido incluso en una camisa de fuerza, y le gustaría tanto estar en la ópera. Era el más apasionado espectador de ópera que Viena ha tenido nunca, eso lo saben los iniciados. Era aquel fanático de la ópera que, incluso después de su total empobrecimiento y, en fin de cuentas, también amargura, lo que fue imposible de evitar, se permitía ir a la ópera diariamente, por lo menos con una entrada sin derecho a asiento, aquel enfermo de muerte aguantaba de pie seis horas el *Tristán* y al final tenía aún fuerzas para prorrumpir en bravos o en silbidos, con más fuerza que nadie antes y nadie después en la casa del Ring. Lo tenían como elemento decisivo en los estrenos. Con su entusiasmo y porque empezaba unos segundos antes que los demás, arrastraba a toda la Opera. Por otra parte, con sus primeros silbidos se hundían las escenificaciones más grandiosas y las más costosas, porque *él* lo quería, porque estaba precisamente de ese humor. Puedo fabricar un éxito, cuando quiero y cuando se dan los requisitos necesarios, y siempre se dan, decía, y puedo fabricar igualmente un fracaso total, cuando se dan los requisitos necesarios y siempre se dan: si soy el primero en gritar bravo o el primero en silbar. Durante decenios, los vieneses no se dieron cuenta de que el autor de los triunfos en la Opera era en fin de cuentas Paul, lo mismo que el autor de los naufragios de la casa del Ring, los cuales, cuando *él* quería, no hubieran podido ser más radicales, más aniquiladores. Sus pros y sus contras en la ópera nada tenían que ver con la objetividad, sólo con su arbitrariedad, con su volubilidad, con su locura. Muchos directores de orquesta a los que no podía soportar cayeron en Viena en su trampa, y los silbó y abucheó, realmente con espuma en la boca. Sólo con Karajan, al que odiaba, fracasó. El genio de Karajan era demasiado grande para que Paul pudiera siquiera molestarlo. A Karajan lo he observado y estudiado durante decenios y es para mí el director de orquesta más importante del siglo, con Schuricht, al que *yo amaba*. A Karajan lo *admiraba* yo por experiencia ya desde la infancia, tengo que decir, y lo he estimado tanto por lo menos como todos los músicos con los que Karajan ha trabajado nunca. Paul odiaba a Karajan por todos los medios a su alcance

y, por su odio consuetudinario, sólo lo calificaba de charlatán; yo sólo veía *en él*, por mi propia contemplación durante decenios, al primero de los trabajadores de la música del mundo entero y, cuanto más famoso se hacía Karajan, tanto mejor se volvía, lo que mi amigo, como todo el resto del mundo musical, no quería comprender. Desde mi infancia he visto desarrollarse y perfeccionarse el genio de Karajan, y fui testigo de casi todos los ensayos de conciertos y óperas que dirigió en Salzburgo y Viena. Los primeros conciertos que oí en mi vida los dirigió Karajan, las primeras óperas que oí, también Karajan. Así tuve, tengo que decir, desde el principio, unas buenas condiciones para mi progreso musical. El nombre de Karajan garantizaba de antemano una furiosa pelea entre Paul y yo y, mientras Paul vivió, nos peleamos una y otra vez por Karajan. Pero ni yo había podido convencer a Paul, con mis pruebas en relación con Karajan, del genio de Karajan, ni Paul a mí con sus pruebas en contra de Karajan, es decir, de que era un charlatán. Para Paul, y eso no perturbaba su sistema filosófico, la ópera fue por decirlo así la cúspide del mundo hasta su muerte, mientras que para mí era ya entonces una pasión bastante relegada al segundo plano, muy temprana, un arte que me sigue gustando como antes pero al que, desde hace ya muchos años, puedo renunciar. Durante muchos años Paul viajó, cuando aún tenía dinero y tiempo, por todo el planeta, de una ópera a otra, para proclamar al final una y otra vez a la de Viena como la más grande de todas. *El Met no es nada. El Covent Garden no es nada. La Scala no es nada.* Ninguna era nada en comparación con Viena. *Pero naturalmente, decía, la Opera de Viena tampoco es realmente buena más que una vez al año.* Más que una vez al año, pero algo era algo. Se había podido permitir, durante un *demencial* viaje de tres años, visitar una tras otra todas las llamadas óperas del mundo. Así pudo conocer a casi todos los directores de orquesta bastante grandes y grandes y realmente importantes y a los cantantes y las cantantes que ellos adulaban y fustigaban. En el fondo, su cabeza era una cabeza de ópera y su propia vida, que se convirtió para él cada vez más y luego, en los últimos años, con la mayor velocidad, en una existencia horrible, una vida para la ópera, para la gran ópera como es natural y, como corresponde a ésta, con un desenlace completamente trágico. Por el momento, esa ópera suya se representaba otra vez en Steinhof y en el pabellón Ludwig, que era uno de los más abandonados de todo Steinhof, como pronto tuve que ver. El *señor Barón*, como llamaban todos a mi amigo, había vuelto a cambiar su frac blanco que, como me consta, se había hecho cortar por Knize, y por decirlo así a mis espaldas, y llevaba también muy a menudo de noche en sus últimos años, sobre todo en el llamado *Eden-Bar*, por la camisa de fuerza. Las cenas en el Sacher o en el Imperial, en donde sus amigos tan numerosos como antes, acaudalados o ricachones, aristocráticos y no aristocráticos, seguían invitándolo de vez en cuando, por una escudilla de hojalata en la mesa de mármol del pabellón Ludwig; los elegantes calcetines ingleses y los zapatos de Magli o de Rosselli o de Yanko por las burdas medias blancas de lana y las toscas zapatillas de fieltro reglamentarias del pabellón Ludwig. Y tenía ya a sus espaldas otra vez una

serie de electrochoques, que, cuando lo dieron de alta de nuevo en Steinhof, me describió no sin ironía y sarcasmo, con todas sus crueldades y bajezas y abyecciones y, por consiguiente, atrocidades inhumanas. Siempre lo internaban en Steinhof cuando los que lo rodeaban no se sentían ya seguros de él, cuando de repente, de la noche a la mañana, amenazaba con matarlos a todos y anunciaba a sus propios hermanos que les daría un tiro o los estrangularía nada menos, y lo dejaban salir cuando había sido totalmente destruido por los médicos y su megalomanía médica, cuando dentro de él apenas se agitaba ya nada, y cuando apenas podía levantar la cabeza, ni mucho menos la voz. Entonces se retiraba a orillas del Traunsee, donde su familia tiene todavía hoy diversas posesiones dispersas en los bosques, en varias maravillosas lenguas de tierra y fondos de valle y en colinas y cimas, villas y alquerías, en llamadas dependencias y pabellones de caza, y en los que los Wittgenstein, todavía hoy, pasan las pausas que arrancan a los procedimientos más bien desagradables de la riqueza. El pabellón Ludwig era de momento *su residencia*. Y de repente titubeé, pensando si sería aconsejable establecer desde mí, es decir, desde el pabellón Hermann, un enlace con el pabellón Hermann, y si ello no nos haría a los dos más daño que provecho. Porque quién sabe en qué estado se encuentra realmente Paul, posiblemente en un estado que sólo me puede ser perjudicial, y por ello es mejor que, de momento, no dé señales de vida, que no establezca ninguna comunicación entre el pabellón Hermann y el pabellón Ludwig. A la inversa, pensaba, mi aparición en el pabellón Ludwig podría tener un efecto de sorpresa, y para mi amigo también devastador. Realmente temía ahora de repente un encuentro, y pensé en dejar decidir a nuestra amiga Irina si una toma de contacto entre el pabellón Hermann y el pabellón Ludwig era oportuna o no. Pero renuncié enseguida a esa idea, porque no quería que una decisión, la que fuera, relativa a nosotros pudiera plantear dificultades a nuestra amiga. Pero de momento la verdad es que no tengo fuerzas para ir hasta el pabellón Ludwig, pensaba, y renuncié completamente a la idea de visitar el pabellón Ludwig porque me pareció *demasiado absurda*. Al fin y al cabo, la verdad es que no puedo saber si Paul no aparecerá *aquí* un día de forma totalmente inesperada: eso sería en efecto totalmente posible, pensaba, porque nuestra parlanchina amiga le ha dicho que estoy en el pabellón Hermann. Y realmente lo temía. Si apareciera de pronto aquí, en el pabellón Hermann, en este servicio de régimen más severo que ningún otro y realmente *dedicado a la muerte*, con su ropa de loco, con sus zapatos de loco, pensaba, con su camisa de loco, con su chaqueta de loco y con sus pantalones de loco. De eso tenía miedo. No sabía cómo enfrentarme con él, cómo acogerlo, cómo dominarlo. Pensaba que para él era más fácil visitarme que a la inversa. Si se puede mover aunque sólo sea un poco, será el primero en presentarse aquí. Una visita así no puede terminar en cualquier caso más que con una catástrofe, pensaba. Aparté esa idea muy lejos y traté de pensar en algo totalmente distinto, pero naturalmente no lo conseguí. El hecho de que Paul me visitara se había convertido para mí finalmente en una pesadilla. Tenía la sensación de que en

cualquier instante podía abrirse la puerta y entrar Paul. Con su traje de loco. Y veía con la imaginación cómo los guardianes lo descubrían allí y le ponían la camisa de fuerza y lo llevaban otra vez a Steinhof con sus porras, aquel cuadro horroroso se me había grabado. Es lo suficientemente imprudente, me decía, para cometer ese error, se arrastrará bajo la verja y entrará corriendo en el pabellón Hermann y se precipitará a mi cama y me abrazará. En sus llamados estados críticos se lanzaba hacia uno y lo abrazaba a uno tan fuerte que uno creía ahogarse entre sus brazos, y él lloraba contra el pecho del así abrazado. Realmente temía que *de pronto* pudiera precipitarse dentro y abrazarme y llorar a lágrima viva contra mi pecho. Yo le quería, pero no quería dejar que me abrazase y aborrecía que, a los cincuenta y nueve o los sesenta años, llorase contra mí a lágrima viva. En esas ocasiones todo su cuerpo temblaba y musitaba palabras incomprensibles. Y tenía espuma en la boca y se aferraba a uno firmemente por tanto tiempo que pronto no era ya soportable y había que liberarse de él por la fuerza. A menudo tuve que rechazarlo, lo que naturalmente yo no quería, pero no tenía otra posibilidad, porque me hubiera aplastado. En los últimos años empeoraron esos ataques de abrazos y hacía falta el mayor sacrificio y unas fuerzas casi sobrehumanas para liberarse de sus brazos. Desde hacía tiempo era evidente que una persona así estaba totalmente enferma de muerte. Era sólo cuestión de tiempo que se asfixiara definitivamente en uno de aquellos súbitos ataques. *Eres mi único amigo, mi único ser, el único de todos los que tengo*, le tartamudeaba al abrazado, que no sabía cómo y, por consiguiente, de qué forma relajante podía tranquilizar a aquella persona digna de compasión. Yo temía aquellos abrazos y tenía miedo de que Paul entrase súbitamente por la puerta. Pero no vino. Todos los días, incluso todas las horas, temía que entrase pero no entró. Por Irina supe que estaba en el pabellón Ludwig como muerto en su catre y que se negaba a hacer ninguna comida. Ese método conducía a su total debilitamiento, y los médicos, después de haberlo destruido, lo dejaban en paz. Cuando había adelgazado hasta convertirse en un esqueleto y no podía ya levantarse solo; lo dejaban. Entonces se iba en el coche de alguno de sus hermanos o en taxi sin ninguno de sus hermanos al Traunsee y se escondía durante unos días o incluso semanas en aquella propiedad de los Wittgenstein en la que, hasta su muerte, tuvo derecho de residencia, exactamente establecido por contrato, en una alquería de doscientos años, situada en un valle alto entre Altmünster y Traunkirchen, y en la que una vieja criada, fielmente adicta y que llevaba toda su vida al servicio de los Wittgenstein, administraba una pequeña explotación agrícola para las necesidades privadas de los Wittgenstein que pasaban sus vacaciones en el campo. En esos casos, su mujer Edith se quedaba en Viena. Sabía que él sólo se reponía si no tenía *a nadie* a su alrededor, ni siquiera a ella, que en fin de cuentas fue siempre para él la persona más próxima y realmente, hasta su muerte, la persona amada. Cuando él estaba a orillas del Traunsee, me visitaba siempre, no en los primeros días sino más tarde, cuando se atrevía otra vez a mezclarse con la gente, cuando no tenía que temer ya las miradas despiadadas en

busca de sensaciones, cuando se sentía otra vez dispuesto a conversar, incluso otra vez a filosofar. Entonces aparecía en Nathal y escuchaba, al principio, cuando el tiempo lo permitía, sentado solo en el patio, con los ojos cerrados, algún disco que yo ponía en el primer piso, y que, con las ventanas totalmente abiertas, se oía desde el patio de la forma más soberbia. *Un Mozart por favor. Un Strauss por favor. Un Beethoven por favor*, decía. Yo sabía qué disco tenía que elegir para ponerlo del humor adecuado. Escuchábamos juntos durante horas música de Mozart, música de Beethoven, sin decir palabra. A los dos nos gustaba. Una pequeña cena, preparada por mí, ponía fin al día, y al atardecer lo acompañaba otra vez en coche a su casa. Esas veladas musicales sin palabras con él no las olvidaré. El necesitaba unas dos semanas hasta que, como lo calificaba él mismo, se *normalizaba*. Se quedaba hasta que el campo le atacaba los nervios y no quería más que volver a Viena. Allí las cosas iban bien cuatro o cinco meses, hasta que otra vez se hacían sentir los primeros síntomas de su enfermedad, etcétera. Durante los primeros años de nuestra amistad él había bebido casi sin pausa, lo que como es natural había acelerado el proceso de su enfermedad. Cuando dejó de beber, realmente sin protestas, su estado empeoró al principio alarmantemente, para mejorar luego, sin embargo, grandemente. Ya no bebía alcohol. A nadie le había gustado tanto beber como a él, y el champaña por botellas en el Sacher por la mañana era para él una trivialidad ridícula que no valía la pena mencionar. En el Obenaus, un pequeño local de la Weihburggasse, se bebía varios litros de vino blanco en una velada. Todo eso se vengó. Creo que unos cinco o seis años antes de su muerte renunció a la bebida. De otro modo hubiera muerto probablemente tres o cuatro años antes, lo que, según pienso, hubiera sido infinitamente triste. Porque hasta los últimos años de su vida no se convirtió en verdadero filósofo, después de haber sido hasta entonces sólo alguien que disfrutaba filosofando y que, y eso era al fin y al cabo lo que lo hacía tan simpático, sabía disfrutar más que nadie que yo haya conocido en mi vida. En el pabellón Hermann y, en fin de cuentas, *con el miedo a la muerte*, tuve conciencia clara de lo que valía realmente mi relación con mi amigo Paul, en verdad la más valiosa de todas mis relaciones con hombres, la única que he podido aguantar más que el tiempo más breve y a la que de ningún modo hubiera querido renunciar. Ahora tenía miedo de pronto de aquel hombre, que de repente se había convertido en el que me estaba más próximo, miedo de que pudiera perderlo y, de hecho, de dos maneras: *a causa de mi muerte*, y lo mismo *a causa de la suya* porque tan cerca como estuve yo en esas semanas y meses de la muerte, de lo que al fin y al cabo me daba cuenta yo mismo, estuvo él de la suya en el pabellón Ludwig. De repente sentía añoranza de aquel ser, que era después de todo el único masculino con el que había podido conversar de una forma que me conviniera, encontrar un tema y desarrollarlo, de la naturaleza que fuera y aunque fuera el más difícil. Cuánto tiempo hace que estoy ya privado de esas conversaciones, de esa capacidad para escuchar, explicar, y al mismo tiempo *recibir*, pensaba, cuánto tiempo hace ya de nuestras conversaciones sobre Webern, sobre

Schönberg, sobre Satie, sobre el *Tristán y La flauta mágica*, sobre el *Don Juan y El rapto*. Cuánto tiempo ha pasado desde que escuchó conmigo en el patio, en Nathal, la *Renana* dirigida por Schuricht. Ahora en el pabellón Hermann es cuando sé de qué estoy privado, qué es lo que me ha quitado mi reciente enfermedad y de lo que, en el fondo, no puedo privarme si quiero existir. Es verdad que tengo amigos, los mejores amigos, pero ninguno cuya riqueza de inventiva y sensibilidad pudiera compararse con las de Paul, pensaba, y a partir de ese momento hice todo lo que pude para restablecer cuanto antes el contacto personal con mi desgraciado compañero intelectual. Cuando los dos estemos otra vez fuera y sanos, me decía, me resarciré de todo lo que, por mi estancia en la Baumgartnerhöhe, me he perdido, como suele decirse; tenía una inmensa necesidad de resarcirme en la cabeza. En mi cabeza se habían acumulado infinitos temas, que esperaban a mi interlocutor. El, sin embargo, seguía echado en el catre, posiblemente en realidad, con su camisa de fuerza, y se negaba ininterrumpidamente, mirando con fijeza al techo de su habitación compartida con otros veinticuatro, a tomar ningún alimento. Tengo que ir a verlo tan pronto como pueda, me decía yo. En aquellas semanas fueron los calores más fuertes, con los que sufría sobre todo Immervoll. Había tenido que renunciar a su diecisiete y cuatro y, de la noche a la mañana, no estuvo ya en condiciones de levantarse. Su rostro se hundió de repente, su nariz se hizo de pronto gigantesca, sus pómulos lo hacían grotesco de una forma inquietante. Su piel era de un gris transparente, y la mayor parte del tiempo estaba echado en la cama totalmente destapado, sin avergonzarse, finalmente con las piernas, casi sin carne, muy separadas. No podía ya coger por sí mismo la botella de orinar y, como a cada instante tenía que hacer aguas y las hermanas, como es natural, no podían estar continuamente en nuestra habitación, era yo quien le daba la botella. Pero estaba ya tan torpe que sólo se orinaba fuera. La mayor parte del tiempo tenía la boca abierta, de la que salía un líquido amarillo verdoso, que hacia el mediodía había teñido ya su almohada. Y de repente comenzó a exhalar también aquel olor que yo conocía bien: el de los moribundos. Nuestro estudiante de teología se había dedicado en aquellos días más a mí que a Immervoll, la mayor parte del tiempo leía un libro de teología, otros días, ésa era mi impresión, no leía absolutamente nada. Cuando sus padres venían a verlo desde Grinzing, se sentaban a la cabecera de su cama y, en líneas generales, sólo le daban a entender que no tenían en el mundo a nadie más que a él y que no debía en modo alguno abandonarlos. Pero, en lo que a él se refería, yo no tenía la sensación de que le iba a ocurrir. A Immervoll lo sacaron en su cama una noche, en algún momento, al pasillo, yo estaba durmiendo cuando murió y en el pasillo estaba ya su cama con sábanas limpias cuando, muy de mañana, fui con mi tablilla de temperaturas al ambulatorio para que me pesaran. Yo mismo había adelgazado también hasta los huesos, salvo mi cara de luna y mi grueso vientre, que se había convertido en un globo horriblemente insensible que, ésa era mi impresión, podía estallar en cualquier momento y en el que se habían formado varias pequeñas fístulas. Cuando en la radio de mi vecicino estudiante de teología escuché la

transmisión de una carrera de autos, desde Monza, pensé que mi amigo Paul, además de su pasión por la música, no tenía otra de tanta intensidad como la pasión por el llamado deporte de las carreras de automóviles. El mismo, en su primera juventud, había conducido coches de carreras y entre sus mejores amigos figuraban toda una serie de campeones en este campo, que a mí personalmente me ha repelido siempre, porque creo que no hay nada más estúpido. Pero así era mi amigo: dotado para casi todas las posibilidades. Incomprensible que la misma persona que, en mi opinión, ha dicho las cosas más inteligentes sobre los cuartetos de cuerda de Beethoven, que fue el único que me descifró debidamente la Sinfonía Haffner convirtiéndola en el milagro matemático que creo que es desde entonces, fuera un apasionado fanático de las carreras de automóviles para quien, como me consta, el ruido de los automóviles lanzados en su curso asesino era igualmente música para sus oídos. Muchos veranos, los Wittgenstein, que eran todos fanáticos de las carreras de automóviles y lo son hoy todavía, habían invitado a sus posesiones de orillas del Traunsee a los mejores corredores, y yo mismo recuerdo haber pasado veladas y la mitad de la noche, invitado por Paul, en su casa de la colina del Traunsee, con Jackie Stewart y con Graham Hill, aquellos alegres muchachos, y también con jochen Rindt, que poco después tuvo en Monza un accidente mortal. Ahora, con más de sesenta años, él veía naturalmente las cosas de otro modo, me había dicho, realmente también como la estupidez de que yo había calificado siempre a las carreras de automóviles, cuando hablaba con él. Pero la *Fórmula I* había seguido obrando en él tan claramente que era casi imposible estar con él sin que, en algún momento, se refiriese a sus amadas carreras de automóviles, desde luego sin poder detenerse entonces, lo que le hacía pensar a uno enseguida en cómo se le podría apartar de las carreras de automóviles, que de repente lo dominaban de nuevo y que, realmente, durante toda su vida fueron para él una cruel obsesión. Realmente tenía dos pasiones, que eran al mismo tiempo sus dos enfermedades principales: la música y las carreras de automóviles. En la primera mitad de su vida fueron las carreras de automóviles las que lo fueron todo para él, en la segunda la música. Y la vela. Pero ¿dónde estaban ahora los tiempos en que podía entregarse verdaderamente a esa pasión deportiva suya? Cuando yo lo conocí, aquellas pasiones por las carreras de automóviles no eran ya más que teóricas, en la práctica hacía va mucho tiempo que no participaba en ninguna carrera y tampoco se dedicaba a la vela. No tenía ya dinero propio y sus parientes lo ataban corto, entretanto, cuando desde hacía ya años, al fin y al cabo, sólo estaba dominado por sus depresiones, lo habían metido en una compañía de seguros del Schottenring, en la llamada torre del Ring, en la que de repente, porque no le quedaba otro remedio, tenía que ganarse su dinero, como cabe imaginar, llevando expedientes y haciendo listas, no gran cosa. Pero al fin y al cabo tenía una mujer y tenía que pagar su piso de la Stallburggasse, situado en diagonal frente a la Escuela Imperial de Equitación Española. Y los alquileres del distrito I son los más altos. El *señor Barón*, hasta entonces libre, tenía que llegar ahora a las siete y media de la mañana a una oficina,

en la que no se le ahorraba nada de lo que una oficina así puede ofrecer. Pero eso no lo desanimó. La mayor parte del tiempo se burlaba de ello, y su fantasía se desataba cuando tenía ganas de describir y narrar las condiciones en aquella llamada *Compañía de seguros metropolitana*. Sólo con esas historias podía entretener durante toda una velada a una concurrencia, y decía que estaba contento de haber ido por fin a mezclarse con el pueblo, de ver de repente cómo era realmente y a qué se dedicaba realmente. Creo que sus parientes lo habían metido en esa compañía de seguros sólo porque tenían alguna relación con el director, sin esa relación no lo hubieran aceptado en la compañía de seguros, y mucho menos en una época en la que ninguna empresa acepta ya a una persona de casi sesenta años de su categoría. Tener que trabajar para ganar dinero, su propio sustento por decirlo así, había sido para él algo totalmente nuevo y todos le habían pronosticado un fracaso. Pero se habían equivocado, porque, hasta poco antes del fin de su vida, cuando sencillamente no le fue posible ya ir a la compañía de seguros del Schottenring, Paul iba allí, entrando puntualmente y saliendo puntualmente, como es debido. *Soy un empleado absolutamente modélico*, decía a menudo, y jamás dudé de su afirmación. A su mujer Edith, la segunda, la conoció, según creo, en Berlín, supongo que antes, después o durante una velada de ópera. Era sobrina del compositor Giordano, que compuso el *André Chenier*, y tenía parientes principalmente en Italia, adonde iba todos los años con Paul o sin Paul, la mayoría de las veces sin embargo sin Paul, su tercer marido, para reponerse. A mí me resultaba francamente simpática y me alegraba siempre cuando la veía sentada en el Bräunerhof ante una taza de café. Tenía con ella las conversaciones más agradables y, prescindiendo de que era de *la mejor familia*, era también de inteligencia muy superior a la media alta y por añadidura encantadora. El que fuera también muy elegante era, como mujer de Paul Wittgenstein, algo lógico. Durante los años para ella indudablemente más amargos, cuando la enfermedad de su marido empeoraba rápida e irresistiblemente, hacia una muerte previsible, sus ataques se sucedían con intervalos cada vez más breves y estaba más tiempo en Steinhof y en el hospital Wagner-Jauregg de Linz que en Viena o en el Traunsee, nunca se quejó, aunque yo sabía muy bien en qué circunstancias monstruosamente difíciles vivía. Amaba a Paul y no lo abandonó ni un minuto, aunque la mayor parte del tiempo estuvo separada de él, porque ella estaba siempre en la Stallburggasse, en aquel pequeño piso de fin de siglo, mientras que su marido vegetaba más o menos en Steinhof o en el hospital Wagner-Jauregg de Linz, que antes se llamaba sólo *Niedernhart*, con su camisa de fuerza, metido en alguna sala espantosa con sus iguales. Los ataques no se producían en un abrir y cerrar de ojos, sino que se anunciaban ya siempre semanas antes, cuando de repente le empezaban a temblar las manos, no podía terminar las frases pero hablaba sin interrupción, durante horas, y no era posible detener su discurso, cuando de repente tenía un paso totalmente irregular, es decir, daba al lado de uno, de pronto, diez u once pasos muy deprisa, y luego otra vez tres, cuatro o cinco especialmente despacio, cuando dirigía la palabra a la gente en la calle sin conocerla

y sin razón aparente, o por ejemplo en el Sacher, a las diez de la mañana, encargaba una botella de champaña pero no se la bebía, sino que dejaba que se calentara y se quedara allí. Pero eran cosas inofensivas. Fue peor cuando cogió la bandeja del desayuno llena que le había llevado a la mesa un camarero y la estampó contra la pared tapizada de seda. En la Petersplatz, como me consta, subió una vez a un taxi y pronunció sólo la palabra *París*, y el conductor, que lo conocía, lo llevó realmente a París, donde una tía de los Wittgensteín que vivía allí tuvo que pagar el viaje. A verme a Nathal vino también varias veces en taxi, sólo para media hora, *sólo para verte*, como me decía, y volverse luego enseguida a Viena, al fin y al cabo un trayecto de doscientos kilómetros en cada sentido, es decir, cuatrocientos kilómetros en total. Cuando estaba otra vez *maduro*, como decía él mismo, no podía sostener ya un vaso, y a cada instante perdía el dominio y se ponía a llorar. Se lo encontraba uno siempre con trajes sumamente elegantes que le habían legado amigos fallecidos o le habían regalado otros aún vivos y, por ejemplo, estaba a las diez de la mañana con un traje blanco en el Sacher, a las once y media con otro de rayas grises en el Bräunerhof, a la una y media en el Ambassador con otro negro y a las tres y media de la tarde de nuevo en el Sacher con otro de color barquillo. A dondequiera que fuera o dondequiera que estuviese, se ponía a cantar no sólo arias enteras de Wagner, sino también, muy a menudo, la mitad del *Sigfrido* o la mitad de *La valquiria*, con su voz cascada y sin preocuparse del entorno. En la calle preguntaba a personas totalmente extrañas si no opinaban también que, después de Klemperer, se había vuelto insoportable escuchar música. La mayoría de los que abordaba de esa forma no habían oído hablar jamás de Klemperer ni tenían la menor idea de música, pero eso no le molestaba. Cuando le daba la vena, pronunciaba en plena calle una conferencia sobre *Stravinsky* o sobre *La mujer sin sombra* y anunciaba que, *próximamente*, escenificaría en el Traunsee *La mujer sin sombra*, con los mejores músicos del mundo. *La mujer sin sombra* era su ópera preferida, dejando aparte las óperas de Wagner. Realmente había preguntado una y otra vez a los más famosos y famosas cantantes cuáles serían sus honorarios por una representación extraordinaria de *La mujer sin sombra* en el Traunsee. *Construiré un escenario flotante*, decía a menudo, *y la Filarmónica tocará en otro escenario, a los pies del Traunstein. La mujer sin sombra debe ser interpretada en el Traunsee, entre Traunkirchen y Traunstein*, según él. *La muerte de Klemperer ha desbaratado mis planes*, decía, *con Böhme, La mujer sin sombra se me ha convertido en una pesadilla*. Una vez encargó en Knize, el sastre mejor y más caro de Viena, dos fracs blancos. Cuando los trajes estuvieron listos, comunicó a la casa Knize que era absurdo que le entregasen realmente dos fracs blancos, cuando ni siquiera había encargado *un frac negro* a la casa Knize, y si acaso creía la casa Knize que estaba loco. El hecho es que, durante semanas, estuvo yendo a la casa Knize sólo con el fin de que hicieran continuamente cambios en los dos fracs que había encargado. No sólo durante semanas, sino durante meses atormentó a la casa Knize exigiendo cambios y, en el momento en que estuvieron terminados los dos

fracs blancos, Paul negó de plano a la casa Knize haberle encargado nunca dos fracs, *fracs blancos, qué se imaginan, no estoy loco para encargarme dos fracs blancos, y además precisamente en la casa Knize.* La casa Knize, armada de un montón de pruebas, reclamó a Paul sus *honorarios*, que sin embargo, como es natural, dado que Paul no tenía dinero, tuvieron que ser pagados por la familia Wittgenstein. Naturalmente, después de ese asunto, Paul fue a parar otra vez a Steinhof. Sus parientes preferían verlo allí que en libertad, una libertad de la que, como debían de pensar, sólo abusaba siempre de la forma más absurda. Lo aborrecían, aunque era y porque era para mí, realmente, el producto de ellos que prefería. Resultaba ya grotesco que los dos, al mismo tiempo, estuviéramos en la montaña de nuestro destino, en la Wilhelminenberg. Yo, en el departamento de los tuberculosos que me correspondía, y él, en el departamento de los locos que le correspondía. Una y otra vez había intentado él decirme, contando con los dedos, cuántas veces había estado ya en Steinhof y en Niedernhart, es decir, en el hospital Wagner-Jauregg, pero los dedos no le bastaban y nunca llegaba al número exacto. Mientras que en la primera mitad de su vida el dinero no había desempeñado ningún papel, porque, como su tío Ludwig, había dispuesto de él en cantidades monstruosas y, como les parecía a los dos, inagotables, en la segunda mitad de su vida, en la que no tenía absolutamente ninguno, desempeñó el más importante de los papeles. Durante varios años, en la segunda mitad de su vida, había actuado como en la primera, lo que como es natural produjo las mayores desavenencias con sus parientes, frente a los que, jurídicamente al menos, no podía hacer ya valer ningún derecho. Cuando no tuvo ya dinero, de la noche a la mañana, hizo descolgar sencillamente los cuadros de las paredes de sus mansiones y los malvendió a comerciantes sin escrúpulos de Viena y Gmunden. También la mayoría de sus preciosos muebles desaparecieron en los distintos camiones de astutos, así llamados, chamarileros que sólo estaban dispuestos a darle por sus preciosidades una bagatela. Por una cómoda de estilo Francisco José no le dieron más de lo que costaba una botella de champaña, que se bebió inmediatamente con el chamarilero que le había *comprado* la cómoda. Al final tenía el deseo, repetidamente expresado, de ir por lo menos a Venecia, para *dormir a gusto en el Gritti*, pero para ese deseo era ya demasiado tarde. Sobre sus estancias en Steinhof, lo mismo que en el hospital Wagner-Jauregg, me dio las informaciones más increíbles, que valdría la pena contar aunque no sea éste el lugar adecuado. *Con los médicos estuve en buenas relaciones mientras tuve dinero, decía, pero luego, cuando no lo tienes, te tratan a patadas,* decía a menudo. Al señor Barón lo encerraban los enfermeros en una de las jaulas, es decir, en una de los cientos de camas con barrotes que no sólo estaban totalmente rodeadas de barrotes por los lados sino también por arriba, y lo tenían allí hasta que estaba quebrantado y, por consiguiente, listo. Después de semanas de una terapia de golpes y choques. Yo tenía miedo de volver a ver a Paul. Un día llegó el momento. Entre la comida y la hora de visita, cuando en el pabellón Hermann reinaba una calma completa, me despertó su mano, que me había

puesto en la frente. Estaba allí y me preguntó si podía sentarse. Se sentó en la cama y antes que nada le dio un *ataque de risa*, porque también a él le resultó de pronto demasiado cómico estar al mismo tiempo que yo en la Wilhelminenberg, *tú, donde debes estar*, me dijo, y *yo, donde debo estar*. Se quedó sólo poco tiempo, y convinimos en vernos bastante a menudo, unas veces yo iría a verlo a Steinhof y otras vendría él de Steinhof a verme a la Baumgartnerhöhe, yo del pabellón Hermann al pabellón Ludwig, y él del pabellón Ludwig a verme en el pabellón Hermann. Pero ese propósito sólo lo llevamos a la práctica una sola vez. Nos encontramos a mitad de camino entre el pabellón Hermann y el pabellón Ludwig y nos sentamos en un banco, en uno que pertenecía aún a la zona de los tuberculosos. ¡*Grotesco, grotesco!* dijo, y se puso a llorar sin poder contenerse. Durante mucho tiempo los sollozos sacudieron su cuerpo. Lo acompañé hasta el pabellón Ludwig, a cuya puerta lo esperaban ya dos guardianes. Y volví al pabellón Hermann con el más triste de los ánimos. Aquel encuentro en el banco, los dos embutidos en nuestros uniformes reglamentarios, yo en el de los tuberculosos, él en el de los locos de Steinhof, me había hecho el efecto más profundo. Después de ese encuentro hubiéramos podido volver a encontrarnos, pero no nos encontramos más, porque no quisimos exponernos ya a aquella carga casi insoportable, los dos nos dimos cuenta de que aquel único encuentro había hecho imposible cualquier otro en la Wilhelminenberg, no había que decir ni una palabra al respecto. Cuando finalmente fui dado de alta en el pabellón Hermann, en lugar de morirme como me habían predicho, y volví a Nathal, durante cierto tiempo no supe nada más de mi amigo. Me costó el mayor esfuerzo *normalizarme*, no había ni que pensar aún en un nuevo trabajo, pero me esforcé por poner orden en mi casa, realmente bastante abandonada durante mi ausencia, despacio, me decía, sólo despacio volver a crear poco a poco las condiciones que me permitirán un día empezar un trabajo. El enfermo que ha estado lejos de su casa durante meses vuelve como alguien para el que todo se ha vuelto extraño y tiene que familiarizarse sólo poco a poco y de la forma más penosa con todo y apropiárselo todo otra vez, da igual de lo que se trate, entretanto lo ha perdido realmente y ahora tiene que volver a encontrarlo. Y como el enfermo, básicamente, está siempre abandonado, todo lo demás es una mentira perversa, tiene que recurrir ya a fuerzas completamente sobrehumanas si quiere continuar donde meses antes, o, como en mi caso ya varias veces, años antes, se interrumpió. Eso no lo comprende el sano, se impacienta enseguida, y precisamente con su impaciencia hace más difícil para el enfermo que vuelve todo lo que debería facilitarle. Los sanos nunca han tenido paciencia con los enfermos y, como es natural, tampoco los enfermos con los sanos, lo que no hay que olvidar. Porque el enfermo, como es natural, espera de todos mucho más que el sano, que al fin y al cabo no tiene que esperar tanto porque está sano. Los enfermos no comprenden a los sanos, lo mismo que, a la inversa, los sanos a los enfermos, y ese conflicto es a menudo un conflicto mortal, porque en fin de cuentas el enfermo no está a la altura de las circunstancias, pero tampoco, como es natural, lo está el sano, al

que un conflicto así basta para poner a menudo enfermo. No es fácil tratar con un enfermo que de repente está otra vez allí de donde fue arrancado meses o años antes por la enfermedad, y de hecho de todo, y la mayoría de las veces los sanos no tienen deseos de ayudar al enfermo, la verdad es que fingen continuamente ser samaritanos, cosa que no son ni quieren ser y que, al ser algo fingido, sólo perjudica al enfermo y no le aprovecha en lo más mínimo. El enfermo está realmente siempre solo y la ayuda que se le presta desde el exterior resulta ser casi siempre sólo un impedimento o una molestia, como sabemos. El enfermo necesita la más imperceptible de las ayudas pero los sanos no están en condiciones de prestársela. Sólo perjudican al enfermo con su fingimiento de ayuda, egoísta en fin de cuentas, y se lo hacen todo más difícil en lugar de facilitárselo. Los que lo ayudan no ayudan al enfermo la mayoría de las veces, sino que lo molestan. Sin embargo, el enfermo que vuelve a casa no puede permitirse ninguna clase de molestias. Si el enfermo hace notar que, en lugar de ayudarlo, en verdad lo molestan, aquellos que sólo han fingido ayudarlo lo ofenden. Lo acusan de arrogancia, de egoísmo sin límites, cuando sin embargo sólo se trata, en su caso, de la legítima defensa más extrema. El mundo de los sanos recibe al enfermo que vuelve a casa sólo con aparente amabilidad, sólo con aparente altruismo, sólo con aparente abnegación; pero si el enfermo pone realmente a prueba esa amabilidad y ese altruismo y esa abnegación, se revelan como una buena disposición sólo aparente y, por consiguiente, afectada, a la que el enfermo hará mejor en renunciar. Pero, como es natural, nada es más difícil que la verdadera amabilidad y el verdadero altruismo y la verdadera abnegación, y la frontera entre lo *verdadero* y lo *aparente* es también en ese aspecto difícil de trazar. Creemos durante mucho tiempo que se trata de algo verdadero cuando, sin embargo, sólo se ha tratado de algo aparente, ante lo que durante mucho tiempo hemos estado ciegos. La hipocresía de los sanos hacia los enfermos es la más difundida. En el fondo, el sano no quiere tener ya nada que ver con el enfermo y no le gusta que el enfermo, hablo de un enfermo realmente grave, pretenda de repente tener derecho a la salud. Los sanos sólo hacen siempre especialmente difícil para los enfermos recuperar la salud o, por lo menos, volver *a normalizarse* o, por lo menos, mejorar su estado de salud. El sano, si es sincero, no quiere tener nada que ver con el enfermo, no quiere que le recuerden la enfermedad y con ello, como es natural y lógicamente, la muerte. Los sanos quieren estar entre ellos y con sus iguales, y en el fondo no toleran a los enfermos. A mí mismo me ha sido siempre difícil volver del mundo de los enfermos al mundo de los sanos. Durante el período de enfermedad, es decir durante el período intermedio, los sanos se habían apartado completamente del enfermo, habían renunciado a él, siguiendo así únicamente su instinto de conservación. Ahora, de repente, aquel al que habían liquidado ya y que, en fin de cuentas, no entraba ya en consideración, aparecía otra vez reclamando sus derechos. Y como es natural se le hacía comprender inmediatamente que, en el fondo, no tenía ningún derecho. Los enfermos, desde el punto de vista de los sanos, no tienen ya ningún derecho. Hablo nada más que de los

enfermos graves, que tienen una enfermedad mortal como yo y como tenía Paul Wittgenstein. Los enfermos son incapacitados por su enfermedad, y sólo pueden vivir de la caridad de los sanos. El enfermo, por su enfermedad, ha dejado un puesto, y de repente reclama otra vez ese puesto. Esto lo consideran los sanos siempre como algo absolutamente inaudito. Por eso el enfermo que vuelve tiene siempre la sensación de que trata de meterse en una esfera en la que no se le ha perdido nada. El proceso es universalmente conocido: el enfermo se va y está ausente y los sanos ocupan inmediatamente su puesto y se apoderan realmente de ese puesto, y de repente vuelve el enfermo, que no ha muerto como se suponía, y quiere volver a ocupar su puesto, apoderarse de él, lo que indigna a los sanos, porque, por la reaparición del que había sido ya dado de baja; tienen que estrecharse otra vez, a lo que no están nada dispuestos y lo que exige del enfermo las fuerzas más sobrehumanas, es decir, para recuperar y apoderarse de su puesto. Por otra parte, sabemos también que los enfermos graves, cuando vuelven a casa, *toman posesión de su puesto* con la mayor brutalidad. A veces tienen incluso fuerzas para apartar y rechazar totalmente a los sanos, incluso para matarlos. Pero esos casos son sumamente raros y lo corriente es lo que he dicho antes: el enfermo que vuelve a casa no espera más que consideración, y no encuentra en fin de cuentas más que una brutal hipocresía, que el enfermo, porque es clarividente, percibe enseguida. Al enfermo que vuelve a casa, lo que quiere decir al enfermo grave, hay que acogerlo con consideración. Pero eso es tan difícil que apenas hemos visto que a un enfermo grave que vuelva a casa se le acoja con consideración. Los sanos le dan inmediatamente la sensación de que no tiene ya nada que hacer allí y, por consiguiente, entre ellos, y tratan por todos los medios, mientras dicen lo contrario, de rechazar al enfermo que vuelve a casa. Pero todas esas dificultades no las tuve entonces, porque al fin y al cabo volví a una casa totalmente vacía. Y Paul, que entretanto había sido dado también de alta, volvió afortunadamente a su mujer Edith. No he conocido a nadie más caritativo que la mujer de mi amigo Paul, que lo cuidó con amor hasta que un día, aproximadamente medio año antes de la muerte de él, tuvo un ataque y se quedó parcialmente paralizada. Es verdad que, tras una larga estancia en el hospital, apareció una y otra vez, durante meses, en el centro de la ciudad, pero como es natural ya no era la misma Edith de antes. Más tímida aún que antes del ataque de apoplejía, se ocupaba sólo de hacer sus compras en la proximidad más próxima de su vivienda y, como cocinar le resultaba ya demasiado cansado, hacía su comida del mediodía en el Hotel Graben de la Dorotheergasse, en el que la comida siempre ha sido barata, pero antes, a diferencia de ahora, también excelente. Cuando los dos propietarios del Hotel Graben, que tenían también el Regina y el Royal, no vivían ya, los dos murieron de la llamada enfermedad de Parkinson, la comida en los tres restaurantes de esos hoteles dejó de ser comestible, y la verdad es que hace muchísimo tiempo que no voy por allí, lo que es una pena, porque sentarse en el Hotel Graben es de lo más agradable. Un día murió Edith y mi amigo Paul se encontró por decirlo así solo. Las cosas

empezaron a ir rápidamente para él de mal en peor. A veces parecía como si todavía fuera el de antes, pero tenía ya la muerte *escrita en el rostro*, como suele decirse, él mismo lo reconocía, no se le había perdido ya nada en el mundo. Trató varias veces de reponerse en la región de Salzburgo, pero no sirvió ya de nada. Si, mientras ella vivía, había dejado sola a Edith la mayor parte del tiempo en su piso situado sobre el Bräunerhof, ahora, después de su muerte, no podía existir ya en absoluto sin ella. Tenía el aspecto de estar *perdido*, y tampoco se le podía ayudar ya. Junto con otros amigos, lo habíamos llevado a menudo a algún mesón, para, como suele decirse, animarlo, pero sin éxito. El mismo nos invitó a mis amigos y a mí algunas veces al Sacher después de la muerte de su mujer, y encargó como antes champaña, pero con ello sólo consiguió una depresión más profunda aún. A donde había ido bastante a menudo con su Edith en los últimos años, cuando no estaba precisamente en Steinhof o en el hospital Wagner-Jauregg (también Wagner-Jauregg, cuyo nombre lleva ese hospital psiquiátrico, era pariente suyo), a Traunkirchen, iba ahora solo, pero el efecto no era más que devastador. Reconocible ya desde lejos como desesperado, recorría la comarca sin encontrar asidero. En sus propias habitaciones, arriba, en *la colina* situada entre Altmünster y Traunkirchen, en la casa cuya mitad no le pertenecía a él sino a su hermano, que vivía la mayor parte del año en Suiza, hacía siempre y, por lo tanto, en todas las estaciones del año, tanto frío, que ya al entrar se tenía la sensación de ir a congelarse en poco tiempo. A ello se añadía que, de los altos muros, húmedos hasta el techo, colgaban cuatro repulsivos cuadros, ya atacados por el moho, de la época de Klimt, y a su lado otro del propio Klimt, por quien se habían hecho pintar los Wittgenstein fabricantes de armas, lo mismo que por otros famosos pintores de su época, porque entre los llamados nuevos ricos del fin de siglo fue gran moda hacerse pintar so pretexto de mecenazgo. En el fondo, a los Wittgenstein, como a todos sus iguales, no les interesaba absolutamente nada el arte, pero querían ser mecenas. En un rincón de la habitación había un piano de cola Bösendorfer, en el que, como cabe imaginar, habían tocado todos los virtuosos famosos de su época. Pero sobre todo se congelaba uno porque, en la gran habitación de la planta baja, había una gigantesca estufa de cerámica que, como estaba estropeada desde hacía ya decenios, hacía ya decenios que no se podía encender, y por ello no funcionaba como estufa sino como nevera. A Paul y Edith sólo los vi siempre sentados junto a esa estufa, envueltos en chaquetas de piel. En el llamado Salzkammergut hay que encender la calefacción hasta junio, y otra vez a partir de mediados de agosto. Es una región fría e inhóspita que, de forma perversa, se califica cariñosamente de *fresca en verano*. Sin embargo, el Salzkammergut es sólo frío e inhóspito, y un veneno para todas las personas delicadas. En el Salzkammergut todos sin excepción tienen enfermedades reumáticas y, con los años, todos están encorvados y lisiados. El ser humano debe ser ya muy fuerte para poder aguantar aquí. El Salzkammergut es maravilloso para unos días, pero aniquilador para cualquiera que se quede más tiempo. A Paul le gustaba el Salzkammergut, porque era la región de su infancia, pero le deprimía cada vez más.

Lo visitaba, viniendo de Viena, con la esperanza de poder mejorar su estado, pero en la región de Salzburgo su estado sólo empeoraba. Esa región no hacía más que pesar cada vez más despiadadamente sobre su alma y sobre su cuerpo. Los paseos que yo daba con Paul por los alrededores de Altmünster en aquella época no servían de nada, sin duda surgían aún conversaciones *ideales*, pero después de la muerte de su Edith todo era realmente de repente sin esperanzas, en cualquier caso distinto, *como roto*. Cuando se reía, era una risa forzada. Con independencia de la muerte de su mujer y amada, la verdad es que había llegado a una edad en que todo se hace de repente dos veces más difícil que antes. En la habitación en que estábamos, el aire era tan húmedo y viciado que creía asfixiarme, aunque fuera hacía sol. Comprendí por qué, con su mujer, casi nunca se alojaba en aquel piso, sino la mayor parte del tiempo abajo, en una pequeña pensión de la Hauptstrasse. Allí tampoco tenían que hacerlo todo por sí mismos y, a partir de los sesenta, a nadie le gusta hacerlo todo por sí mismo y al fin y al cabo Edith, cuando murió, tenía ya casi ochenta años. Conmigo y con mi hermano, lo recuerdo, había dado aún absurdamente un paseo en barco por el Traunsee. Aquel hombre mortalmente enfermo estaba tan encantado como antes en su elemento, mientras yo maldecía aquel paseo en velero con mar gruesa. Mi hermano animó a Paul a dar otros paseos en velero, pero no hubo más. En fin de cuentas, él estaba ya demasiado débil para ello. Si aquella excursión en barco conmigo y con mi hermano había podido hacerlo feliz aún *en el lago*, ya en la orilla lo deprimió y le resultó evidente que se trataba de la última. Una y otra vez y en cualquier oportunidad decía en aquella época: *es la última vez*, y eso se convirtió en costumbre. Si yo tenía amigos en casa, él daba paseos con esos amigos y conmigo, de mala gana, pero los daba. Tampoco yo soy paseante, durante toda mi vida sólo he ido a pasear de mala gana, siempre he ido a pasear de mala gana, pero voy de paseo con mis amigos, y de tal forma, que esos amigos creen que soy paseante apasionado, porque voy de paseo echándole tanto *teatro* que se asombran. No soy en absoluto paseante, y tampoco soy amigo de la Naturaleza ni conocedor de la Naturaleza. Pero cuando estoy con amigos ando de tal manera que creen que soy paseante y amigo de la Naturaleza y conocedor de la Naturaleza. No conozco en absoluto la Naturaleza y la aborrezco, porque me mata. Sólo vivo en medio de la Naturaleza porque los médicos me han dicho que, si quiero sobrevivir, tengo que vivir *en medio de la Naturaleza*, y por ninguna otra razón. Realmente, me gusta todo, salvo la Naturaleza, porque la Naturaleza me resulta siniestra y he aprendido a conocer su maldad y su implacabilidad en mi propio cuerpo y en mi propia alma, y como sólo puedo contemplar sus bellezas al mismo tiempo que su maldad y su implacabilidad, la temo y la evito siempre que puedo. Soy un hombre de ciudad y sólo me resigno a la Naturaleza, ésa es la verdad. Existo en el campo totalmente en contra de mi voluntad, ya que, en fin de cuentas, está contra mí. Y, naturalmente, también Paul era como yo totalmente un hombre de ciudad que, como yo, se agotaba siempre rápidamente en la Naturaleza. Una vez necesitaba yo el *Neue Zürcher Zeitung*, quería leer un artículo sobre la *Zaida* de Mozart que habían

anunciado en el *Neue Zürcher Zeitung* y como, según creía, sólo podía conseguir el *Neue Zürcher Zeitung* en Salzburgo, a ochenta kilómetros de distancia, fui en el coche de una amiga, con ella y con Paul, para buscar el *Neue Zürcher Zeitung* a Salzburgo, a la llamada ciudad de los festivales *famosa en el mundo entero*. Pero en Salzburgo no conseguí el *Neue Zürcher Zeitung*. Entonces tuve la idea de ir a buscar el *Neue Zürcher Zeitung* a Bad Reichenfall y fuimos a Bad Reichenfall, al balneario *famoso en el mundo entero*. Pero tampoco en Bad Reichenhall conseguí el *Neue Zürcher Zeitung*, de manera que los tres, más o menos desilusionados, volvimos a Nathal. Sin embargo, cuando estábamos ya poco antes de Nathal, Paul dijo de pronto que debíamos ir a Bad Hall, al balneario *famoso en el mundo entero*, porque allí conseguiríamos con seguridad el *Neue Zürcher Zeitung* y, por consiguiente, el artículo sobre la *Zaida*, y recorrimos realmente los ochenta kilómetros que separan Nathal de Bad Hall. Pero tampoco en Bad Hall conseguimos el *Neue Zürcher Zeitung*. Como de Bad Hall a Steyr sólo hay dos pasos, veinte kilómetros, fuimos aún a Steyr, pero tampoco en Steyr conseguimos el *Neue Zürcher Zeitung*. Entonces probamos suerte en Wels, pero tampoco en Wels conseguimos el *Neue Zürcher Zeitung*. En total habíamos recorrido trescientos cincuenta kilómetros sólo por el *Neue Zürcher Zeitung*, y al final no habíamos tenido suerte. Por eso, totalmente agotados, como cabe imaginar, entramos en un restaurante de Wels para comer algo y calmarnos, porque la caza del *Neue Zürcher Zeitung* nos había llevado al límite de nuestras posibilidades físicas. En muchos aspectos, pienso ahora cuando recuerdo esa historia del *Neue Zürcher Zeitung*, Paul y yo éramos bastante parecidos. Si no hubiéramos estado totalmente agotados, habríamos ido aún sin duda a Linz y a Passau, y quizá todavía a Ratisbona y a Munich, y finalmente no nos hubiera importado comprar el *Neue Zürcher Zeitung* sencillamente en Zurich, porque en Zurich, pienso, lo hubiéramos conseguido con seguridad. Como no conseguimos el *Neue Zürcher Zeitung* en ninguna de las localidades citadas que visitamos ese día, porque en ellas ni siquiera en los meses de verano se encuentra, sólo puedo calificar todas esas localidades citadas de miserables pueblos de mala muerte, que merecen absolutamente ese título grosero. Si es que no otro peor. Y también entonces comprendí claramente que un hombre de espíritu no puede existir en un lugar en donde no consigue el *Neue Zürcher Zeitung*. Sólo hay que pensar que consigo el *Neue Zürcher Zeitung* hasta en España y en Portugal y en Marruecos durante todo el año y en los lugares más pequeños, de un solo hotel lleno de corrientes de aire. ¡Pero en nuestro país no! Y el hecho de que en tantos lugares al parecer tan importantes no hubiéramos conseguido el *Neue Zürcher Zeitung*, ni siquiera en Salzburgo, encendió la cólera de todos nosotros contra este país atrasado, torpe, provinciano, y al mismo tiempo francamente repulsivo y megalómano. Deberíamos estar siempre donde, por lo menos, consiguiéramos el *Neue Zürcher Zeitung*, dije yo, y Paul fue totalmente de mi opinión. Entonces no nos queda en Austria en realidad más que Viena, dijo, porque en todas las demás ciudades que pretenden que se puede conseguir en ellas el

Neue Zürcher Zeitung no se consigue en verdad. En cualquier caso, no todos los días ni, precisamente, cuando se quiere tener, cuando se necesita sin falta. Hasta hoy, se me ocurre, no he conseguido el artículo sobre la *Zaida*. Hace mucho tiempo que he olvidado ese artículo y, como es natural, he sobrevivido también sin ese artículo. Pero en aquel momento creía que tenía que tenerlo. Y Paul me apoyó en ese deseo mío incondicional del artículo, incluso, más aún, me empujó realmente a buscar el artículo, y por consiguiente el *Neue Zürcher Zeitung*, por media Alta Austria y hasta Baviera. Y, eso hay que decirlo expresamente, en un coche descubierto, lo que tuvo por consecuencia inevitablemente para los tres un enfriamiento que nos duró una semana. Y que, sobre todo a Paul, le hizo guardar cama, como suele decirse, bastante tiempo. Yo daba con él paseos de horas a orillas del Traun, partiendo de la llamada *Kohlwehr*, por encima de Steyrermühl; a dos kilómetros de mi casa las orillas del Traun son todavía, aunque como me consta, a causa de la avaricia sin escrúpulos de su propietario, que ha hecho ya parcelar todo, no por mucho tiempo, un parque único en su género, que se extiende hasta el Traunsee, distante trece kilómetros, precisamente a lo largo de las aguas que el famoso señor Ritz ha clasificado como las mejores del mundo para truchas. En la agradable, así llamada, penumbra, en medio de la maravillosa frescura que sube del río, reanudamos de repente las conversaciones de antes, y entonces, como es natural y totalmente de acuerdo con su evolución, no era ya la gran ópera lo que le ocupaba, sino la llamada música de cámara. También espiritualmente se había apartado de los grandes teatros de ópera. No hablaba ya de Chaliapin y Gobbi, de Di Stefano y de la Simionato, sino de Thibaud y Casals y su arte. Sobre el *Cuarteto Julliardy* sobre el *Amadeus* y el *Trio di Trieste*, que adoraba. De cómo se comparaba Arturo Bennedetti Michelangeli con Pollini. Rubinstein con Arrau y Horowitz, etcétera. Estaba entonces, como suele decirse, marcado por la muerte. Lo conocí más de diez años y durante ese tiempo estuvo ya siempre mentalmente enfermo y marcado por la muerte. En la Wilhelminenberg, como queda dicho, habíamos sellado para siempre, sin palabras, nuestra amistad, en aquel banco en el que no había dicho más que *grotresco, grotresco*. Resultaba difícil ya ahora imaginarse que trece o catorce años antes hubiera seguido a una amante, que era norteamericana y soprano y que había cantado en casi todas las grandes óperas del mundo la *Reina de la Noche* y la *Zerbinetta*, precisamente en ese viaje por todo el mundo, para tener que renunciar finalmente y contentarse sólo con soñar con ella. Era inconcebible que, en aquella época sin embargo no tan lejana en el tiempo, hubiera frecuentado los circuitos de carreras de automóviles más famosos de Europa y que él mismo hubiera participado en carreras, y que hubiera sido uno de los mejores regatistas. Era ya ahora inconcebible que, durante decenios, no se hubiera acostado ninguna noche antes de las tres o las cuatro de la mañana, porque se pasaba la mayor parte de sus noches en los más famosos bares de Europa. Y que, finalmente, hubiera sido alguna vez *gigoló*, contra todas las reglas de los principios de los Wittgenstein. Que fuera quien había entrado y salido en los mejores locales de la vieja e incluso de

la nueva Europa, realmente como un señor. Y era entonces ya también inconcebible que fuera quien, durante decenios, hubiera ovacionado y silbado en la Opera de Viena tanto en los más altos de los altos momentos como en los más bajos de los momentos bajos. Todo lo que había vivido se había hecho ya inconcebible en esa época triste de sus últimos años. Se sentaba conmigo en Nathal junto al muro del patio y calculaba, con el sol poniente, cuántas veces había estado en París, cuántas en Londres y en Roma, cuántos miles de botellas de champaña se había bebido, cuántas mujeres había seducido y cuántos libros había podido leer. Porque esa existencia superficial, como se ve, no la había llevado ningún ser superficial, al contrario. Apenas había ningún tema en el que le causara la menor dificultad seguir un pensamiento y llevarlo más lejos, muy al contrario, a menudo había sido *él* quien me había puesto en apuros precisamente en aquellas materias que son en realidad las mías y en las que estaba convencido de encontrarme a mis anchas; a menudo me enseñaba algo mejor. Muy a menudo pensé: *él* es el filósofo y no yo, *él* es el matemático y no yo, *él* es el conocedor y no yo. Prescindiendo de que, en materia musical, apenas había nada que *él* no recordase inmediatamente y fuera también, al mismo tiempo, punto de partida y pretexto al menos para una interesante discusión musical. Y además de todo eso era un coordinador totalmente extraordinario, en lo que se refiere a esa disciplina intelectual o, en general, artística. Por otra parte, era cualquier cosa menos hablador, por no decir charlatán, en un mundo que, al fin y al cabo, sólo parece componerse de habladores y charlatanes. Un día, probablemente impresionado por alguno de los relatos de su vida, siempre totalmente extraordinarios, le propuse que se pusiera a escribir todo lo que me relataba, por decirlo así, con tanta base filosófica, para que, con el paso del tiempo, no se perdiera. Pero hicieron falta años para que lo convenciera de que escribiera así sus experiencias y vivencias, que serían interesantes para todos. Para ello, me dijo, después de haberse comprado un montón de papel, tendría que alejarse de su entorno, es decir, de las garras de sus estúpidos parientes, enemigos del arte y del espíritu, y como es natural también de todas aquellas mansiones de los Wittgenstein, construidas contra el arte y contra el espíritu, y alquilar en algún sitio, donde no pudieran descubrirlo, una habitación para ese fin. Y así fue como alquiló una habitación en un pequeño hostel de las afueras de Traunkirchen. Pero ya después del primer intento abandonó. Más tarde, de pronto, medio año antes de su muerte, contrató efectivamente una secretaria para dictarle, por decirlo así, su curiosa existencia. Pero aunque sólo sea porque, por sus circunstancias, vivía de una forma tan extraordinariamente apretada en los últimos años de su vida, ese intento fracasó naturalmente de forma más o menos lamentable. A esa secretaria, como me consta por ella misma y por Paul, le había prometido *una fortuna si* le dejaba dictarle su curiosa existencia, una riqueza inmensa, porque Paul estaba seguro de que sus *torpes memorias*, según *él*, tendrían un inmenso éxito mundial. Después de todo, terminó diez o quince páginas. En el fondo, probablemente no estaba en absoluto equivocado al creer en ese éxito inmenso, según sus propias palabras,

porque un libro así hubiera podido tener realmente ese éxito inmenso, ya que habría sido, sin duda, verdaderamente lo que se llama *único*, pero no era hombre capaz de aislarse totalmente un año al menos con ese fin. Sin embargo, es una pena que no haya más fragmentos así de él. Los Wittgenstein sólo pensaban siempre en millones, cuando se trataba de sus negocios, y era totalmente natural que también Paul, su oveja negra, pensase en millones con respecto a su dictado impreso. Escribiré unas trescientas páginas, decía, y no será difícil encontrar editor. Él pensaba que yo haría llegar su manuscrito al editor adecuado. Debía ser un relato de su vida totalmente filosófico, *no algo disparatado*, como lo expresaba él. Realmente lo veía muy a menudo con papeles bajo el brazo en los que tenía ya algo escrito, y la verdad es que sería muy posible que hubiera escrito realmente más de lo que queda aún, y que incluso en alguno de sus muchos ataques hubiese aniquilado incluso partes bastante grandes de algún manuscrito, en un estado de autocrítica absoluta, como estado de ánimo; eso, por lo que yo sé de él, sería incluso de lo más natural. O que lo que hubiera escrito se hubiera perdido de otra manera, por decirlo así, de una manera antiartística y antifilosófica, y hubiera sido hecho desaparecer, como suele decirse. Porque resulta difícil imaginarse que se ocupara por lo menos durante dos años sólo de las mismas diez o doce páginas y anduviera con ellas de un lado a otro por Viena y a orillas del Traunsee. Pero ¿quién podrá aclararlo? *Entre amigos* decía que, cuando estaba otra vez *en forma*, era mucho mejor escritor que yo, a quien sin duda admiraba, pero que sin embargo no estaba a su altura, decía que yo había sido sin duda su *modelo* tanto literario como también *filosofante*, pero él hacía tiempo que había ido más allá de mí y de mi pensamiento, desde hacía *ya mucho tiempo* se había hecho independiente y me había dejado atrás. Cuando publicara su libro, el mundo literario, según él, no saldría de su asombro. Finalmente, hacia el final de su vida, es decir, en su mayor penuria como escritor, compuso, porque indudablemente le resultaba más fácil que escribir prosa, y por decirlo así a la pata la llana, varios poemas rimados, cuya locura e ingenio hacían realmente reír. El mismo, la mayoría de las veces cuando estaba a punto de ser internado de nuevo en alguno de sus manicomios, leía en alta voz, a quien fuera, el más largo de esos poemas bufos. Existe lo que se llama una cinta magnetofónica de ese poema, que tiene por tema a él mismo y el Fausto de Goethe, y quien lo oye recitar se siente sumamente divertido y profundamente conmovido. Podría contar ahora anécdotas de Paul, no sólo hay cientos sino miles centradas en él, y en la llamada *alta* sociedad de Viena, que fue la suya y que, como es sabido, vive desde hace siglos de anécdotas y de nada más, son famosas, pero no es ésa mi intención. Era alguien lleno de inquietud, continuamente nervioso, ininterrumpidamente incapaz de dominarse. Era alguien meditabundo e ininterrumpidamente filosofante e ininterrumpidamente acusador. Como era un observador increíblemente adiestrado y, en esas observaciones suyas, que convirtió con el tiempo en arte de la observación, era de lo más despiadado, tenía continuamente toda clase de motivos para acusar. No había nada de lo que no

acusara. Las personas en las que ponía los ojos nunca permanecían incólumes más que un período brevísimo, enseguida suscitaban *alguna sospecha* y resultaban culpables de *algún delito* o, por lo menos, de *alguna falta*, y los fustigaba con esas palabras, que son también las mías, cuando me rebelo o me defiendo, cuando tengo que arremeter contra la desvergüenza del mundo si no quiero salir malparado y ser aniquilado por él. En el verano teníamos nuestro lugar habitual en la terraza del Sacher y la mayor parte del tiempo no existíamos más que a partir de nuestras acusaciones. Apareciera lo que apareciera ante nosotros, era acusado. Durante horas nos sentábamos en la terraza del Sacher y acusábamos. Nos sentábamos ante una taza de café y acusábamos al mundo entero y lo acusábamos a fondo. Nos sentábamos en la terraza del Sacher y poníamos en marcha nuestro mecanismo de acusación bien rodado detrás del *culo de la Opera*, como lo expresaba Paul, porque si se sienta uno ante el Sacher en la terraza y mira hacia adelante, ve exactamente la parte posterior de la Opera. Se complacía en definiciones como el *culo de la Opera*, aun sabiendo que, con ello, no calificaba otra cosa que la parte posterior de aquella casa suya del Ring que amaba más que a cualquier otra, y de la que, durante tantos decenios, había extraído más o menos todo lo que necesitaba para existir. Durante horas nos sentábamos en la terraza del Sacher observando a la gente que iba y venía por allí. Realmente, aún hoy apenas hay para mí un placer (vienés) mayor que sentarme en la terraza de verano del Sacher y observar a la gente que pasa. Lo mismo que, al fin y al cabo, no conozco mayor placer que observar a la gente, y observarla sentado ante el Sacher es un manjar especialmente exquisito, que Paul compartió conmigo a menudo. El señor Barón y yo nos habíamos buscado un rincón en la terraza del Sacher especialmente adecuado para nuestros fines de observación, veíamos todo lo que queríamos ver y, a la inversa, a nosotros no nos veía nadie. Me asombraba, cuando iba con él por el llamado centro de la ciudad, a cuánta gente conocía y con cuántos de aquellos conocidos estaba realmente emparentado. Sobre su familia hablaba raras veces y, cuando lo hacía, sólo decía que, en el fondo, no quería tener nada que ver con ella, lo mismo que, a la inversa, su familia no quería tener nada que ver con él. De vez en cuando mencionaba a su abuela *judía*, que con intención de suicidarse se tiró por la ventana de su casa que daba al Neuer Markt, y a su tía Irmina, que en la época nazi había sido lo que se llamaba *responsable de campesinas del Reich* y a la que yo conocía también de varias visitas a su alquería de la *colina* sobre el Traunsee. Cuando decía *mis hermanos*, sólo decía siempre con ello *mis atormentadores*, y sólo de una hermana que vivía en Salzburgo hablaba con cariño. Siempre se había sentido amenazado y abandonado por su familia, los había calificado siempre sólo de enemigos del arte y del espíritu, y de ahogados por sus millones. Pero en definitiva fue esa familia la que engendró a Ludwig y a Paul. Y la que rechazó también a Ludwig y a Paul en el momento que mejor le convino. Sentado junto al muro del patio en Nathal con mi amigo, pensaba en el camino que había recorrido Paul durante setenta años. Que había sido tan acaudalado y mimado como puede serlo nadie, se

había criado en sus primeros años en una Austria por decirlo así inagotable, había ido naturalmente al famoso Theresianum, pero luego, sabiendo lo que se hacía, se había abierto su propio camino, opuesto al de su familia, y había dejado atrás precisamente lo que, considerado en forma superficial, eran los valores de los Wittgenstein, es decir, ser rico y acaudalado y mimado, para llevar en fin de cuentas lo que se llama una existencia intelectual, a fin de salvarse a sí mismo. Como puede decirse, había puesto ya pronto pies en polvorosa, lo mismo que su tío Ludwig decenios antes, y había dejado atrás todo lo que, como a aquél, lo había hecho posible en definitiva y, lo mismo que antes ya su tío Ludwig, se había convertido para su familia en un *desvergonzado*. Mientras que Ludwig se convirtió en filósofo desvergonzado, Paul se convirtió en loco desvergonzado y al fin y al cabo en ninguna parte está dicho que un filósofo sólo puede calificarse como tal cuando, como Ludwig, escribe y publica su filosofía, también es filósofo cuando no publica nada de lo que ha filosofado, y por consiguiente también cuando no escribe nada ni publica nada. Al fin y al cabo, la publicación sólo hace comprensible y causa sensación por lo que se ha hecho comprensible, que sin publicación no puede hacerse comprensible ni causar sensación. Ludwig era el publicador (de su filosofía), Paul el no publicador (de su filosofía), y lo mismo que Ludwig en fin de cuentas era el publicador nato (de su filosofía), Paul era el no publicador nato (de su filosofía). Pero los dos, cada uno a su manera, fueron los grandes pensadores, siempre estimulantes y obstinados y subversivos, de los que su época, y no sólo su época, puede estar orgullosa. Naturalmente es una lástima que Paul no nos haya dejado como Ludwig pruebas realmente escritas e impresas y por consiguiente publicadas de su filosofía, mientras que tenemos en nuestras manos y nuestra cabeza esas pruebas de su tío Ludwig. Pero es absurdo hacer una comparación entre Ludwig y Paul. Con Paul nunca hablé de Ludwig, ni mucho menos de la filosofía de éste. Sólo a veces y de forma para mí bastante inesperada, decía Paul: *ya conoces a mi tío Ludwig*. Nada más. Ni una sola vez hablamos del *Tractatus*. Pero una sola vez Paul dijo que su tío Ludwig era *el más loco de la familia*. *Un multimillonario como maestro de aldea es sin duda una perversión, ¿no crees?* dijo Paul. Hasta hoy no sé nada de la verdadera relación entre Paul y su tío Ludwig. Tampoco le pregunté nunca nada al respecto. Ni siquiera sé si los dos se encontraron nunca. Sólo sé que Paul defendía siempre a su tío Ludwig cuando la familia Wittgenstein caía sobre él, cuando se burlaba del filósofo Ludwig Wittgenstein, que, por lo que yo sé, les resultó penoso durante toda la vida. Ludwig Wittgenstein fue siempre para ella, lo mismo que Paul Wittgenstein, un bufón, al que *el extranjero, que siempre ha prestado oídos a lo excéntrico, engrandeció*. Sacudiendo la cabeza se divertían por el hecho de que *el mundo se dejase engañar por los bufones de su familia, de que aquel inútil se hiciera de pronto célebre en Inglaterra* y se convirtiera en una *eminencia intelectual*. En su arrogancia, los Wittgenstein rechazaron sencillamente a sus filósofos y no les tuvieron el menor respeto, sino que los castigaron, hasta hoy, con su desprecio. Lo mismo que en Paul,

hasta hoy no ven en Ludwig más que un traidor. Lo mismo que a Paul, *eliminaron* también a Ludwig. Lo mismo que, mientras existió, se avergonzaron de su Paul, se han avergonzado hasta hoy de su Ludwig, ésa es la verdad, y ni siquiera la celebridad, entretanto considerable, de Ludwig ha podido conmovier su desprecio habitual hacia el filósofo, en un país en el que, al fin y al cabo, Ludwig Wittgenstein no cuenta hasta hoy casi para nada y en el que, hasta hoy, casi nadie lo conoce. Los vieneses, ésa es la verdad, ni siquiera han reconocido hoy a Sigmund Freud, en efecto, ni siquiera han tomado nota de él, ésa es la realidad, porque para eso son demasiado pérfidos. No ocurre otra cosa con Wittgenstein. *Mi tío Ludwig*, ésa era siempre para Paul una observación de lo más respetuosa, que sin embargo nunca se atrevió a desarrollar y que él, igualmente marcado, prefería dejar así. Su relación con su tío, convertido en gran hombre en Inglaterra, no me resultó en verdad nunca clara. Y mis contactos con Paul, que tuvieron su comienzo en la habitación de la Blumenstockgasse de nuestra amiga Irina, eran como es natural difíciles, no una amistad sin reconquista y renovación diarias, y con el paso del tiempo se revelaron de lo más fatigoso; estaban aferrados a sus momentos altos y bajos y a las *pruebas de amistad*. Se me ocurre, por ejemplo, el papel que desempeñó Paul en la llamada concesión del premio Grillparzer. Cómo fue el único, junto al *ser de mi vida*, que percibió todo el penetrante absurdo de esa concesión del premio y calificó aquella cosa grotesca de lo que era: *una auténtica perfidia austríaca*. Recuerdo que para esa concesión del premio en la Academia de Ciencias me compré un traje nuevo, porque creía que sólo podía presentarme en la Academia de Ciencias con un traje nuevo, y fui con el ser de mi vida a un almacén de confección del Kohlmarkt y busqué, me probé y me quedé con un traje apropiado. El nuevo traje era gris marengo, y pensé: con este traje nuevo gris marengo podré desempeñar mi papel en la Academia de Ciencias mejor que con el viejo. Todavía en la mañana de la concesión del premio consideraba esa concesión del premio como un acontecimiento. Había sido el centenario de la muerte de Grillparzer, y ser galardonado con el premio Grillparzer precisamente en ese centenario de su muerte lo consideraba algo extraordinario. Ahora los austríacos, mis compatriotas, que hasta este momento sólo me han pisoteado, me distinguen incluso con el premio Grillparzer, pensaba, y creía realmente haber alcanzado un punto culminante. Posiblemente me temblaban incluso las manos por la mañana, y puede ser también que tuviese la frente caliente. Que los austríacos, que hasta entonces sólo habían hecho caso omiso o burla de mí, me dieran de repente su más alto premio lo consideraba como una reparación definitiva. No sin orgullo salí del almacén de confección con mi traje nuevo y entré en el Kohlmarkt, para ir a la Academia de Ciencias, jamás en mi vida he recorrido el Kohlmarkt y el Graben y he pasado junto al monumento a Gutenberg con tal exaltación. Sentía *exaltación*, pero no puedo decir que me sintiera bien con mi traje nuevo. Siempre es un error comprar una prenda de vestir por decirlo así bajo vigilancia y acompañado, y yo había *vuelto* a cometer ese error, el traje nuevo me estaba demasiado estrecho. Sin

embargo, probablemente tengo muy buen aspecto con este traje nuevo, pensé, al llegar con el ser de mi vida y con Paul ante la Academia de Ciencias. Las concesiones de premios, si prescindo del dinero que reportan, son lo más insoportable del mundo, había tenido ya esa experiencia en Alemania, no ensalzan, como creí antes de recibir mi primer premio, sino que rebajan, y por cierto de la forma más humillante. Sólo porque pensaba siempre en el dinero que traen las soportaba, sólo por esa razón fui a los más diversos ayuntamientos viejos y a todos esos salones de actos de mal gusto. Hasta los cuarenta años. Me sometí a la humillación de esas concesiones de premios. Hasta los cuarenta años. Dejé que me defecaran en la cabeza en esos ayuntamientos y salones de actos, porque una entrega de premios no es otra cosa que una defecación en la cabeza de uno. Aceptar un premio no quiere decir otra cosa que dejarse defecar en la cabeza, porque le pagan a uno por ello. He sentido siempre las concesiones de premios como la mayor humillación que cabe imaginar, no como una exaltación. Porque un premio se lo entregan a uno siempre sólo personas incompetentes, que quieren defecar en la cabeza de uno y que defecan abundantemente en la cabeza de uno si se acepta su premio. Y están *en su perfecto derecho* de defecar en la cabeza de uno, que es tan abyecto y tan bajo como para aceptar su premio. Sólo en la mayor necesidad y cuando están amenazadas la vida y la existencia, y sólo hasta los cuarenta años, se tiene derecho a aceptar un premio que lleva consigo una suma de dinero o, en general, un premio o una distinción. Yo acepté mis premios sin estar en la mayor necesidad ni tener la vida y la existencia amenazadas, y con ello me hice abyecto y despreciable y, en el sentido más exacto de la palabra, repulsivo. Sin embargo, cuando me dirigía a recoger el premio Grillparzer, pensaba que aquello era distinto. La Academia de Ciencias era algo, y su premio era algo, pensaba cuando me dirigía a la Academia de Ciencias. Y pensaba, cuando los tres, el ser de mi vida. Paul y yo, llegamos a la Academia de Ciencias, que aquel premio, porque se llamaba Grillparzer y era concedido por la Academia de Ciencias, era una excepción. Y realmente pensaba, cuando me dirigía a la Academia de Ciencias, que probablemente me recibirían ya *delante* de la Academia de Ciencias, como es debido, según pensaba, *con el necesario respeto*. Pero nadie me recibió en absoluto. Después de haber esperado con los míos su buen cuarto de hora en la sala de entrada de la Academia de Ciencias, sin ser reconocido por nadie, ni mucho menos recibido; aunque, con los míos, miraba continuamente a mi alrededor, nadie me había hecho caso, mientras las personas que afluían y venían para aquella ceremonia habían tomado ya asiento en el abarrotado salón de actos, y pensé, entraré sencillamente con los míos en el salón de actos, lo mismo que los otros que han entrado ya. Y tuve la idea de sentarme exactamente en el centro del salón de actos, donde todavía quedaban algunos asientos libres, y entré con los míos y nos sentamos. Cuando nos sentamos, el salón de actos estaba ya lleno, y hasta la Ministra había ocupado ya su asiento en primera fila, bajo el estrado. La orquesta filarmónica pulsaba ya nerviosa sus instrumentos y el Presidente de la Academia de Ciencias, que se llamaba Hunger^[1] iba excitado de un

lado a otro por el estrado, y nadie, salvo yo y los míos, sabía por qué no comenzaba la ceremonia. Varios miembros de la Academia corrían de un lado a otro por el estrado, mirando al centro de la sala. También la Ministra volvía la cabeza hacia todos los lados de la sala. De pronto, un señor del estrado me vio sentado en el centro de la sala y le susurró algo al presidente Hunger y, dejando el podio, vino hacia mí. No le resultó fácil abrirse camino hacia mí, en el centro de la sala, por la fila ocupada. Todos los que se sentaban en esa fila tuvieron que levantarse, lo que hicieron de mala gana y, como pude observar, lanzándome miradas aviesas. Pensé que la verdad era que había tenido una idea pérfida al sentarme en el centro de la sala, porque el señor que venía hacia mí, como es natural miembro de la Academia, tenía las mayores dificultades para llegar. Evidentemente, pensé al instante, salvo ese señor nadie te ha reconocido aquí. Entonces, cuando el señor llegó hasta mí, todos me dirigieron sus miradas, pero cómo, severas y penetrantes. Una Academia que me da su premio y no me conoce siquiera, y que, porque no me he dado a conocer, me agrade con miradas severas y penetrantes, se hubiera merecido algo mucho más pérfido aún, pensé. Finalmente, el señor me hizo notar, por decirlo así, que mi sitio no estaba allí, donde estaba sentado, sino junto a la Ministra, en la primera fila, y que si tendría la amabilidad de ir a esa primera fila y sentarme junto a la Ministra. No obedecí a aquel señor, porque me había hecho la invitación en un tono realmente antipático y arrogante, y en fin de cuentas también de una forma tan repulsivamente segura del éxito que, para conservar mi amor propio, *tuve* que negarme a salir con él de la fila y dirigirme al estrado. Que viniera *el señor Hunger en persona*, dije. No podía invitarme cualquiera a ir al estrado, sino *el Presidente de la Academia en persona*. En el fondo, tenía muchísimas ganas de levantarme y dejar con los míos la Academia de Ciencias sin premio. Pero me quedé sentado. Yo mismo me había encerrado en la jaula. No había escapatoria. Finalmente vino a mí el Presidente de la Academia y fui con el Presidente de la Academia hasta delante del estrado y me senté junto a la Ministra. En el momento en que me senté junto a la Ministra, mi amigo Paul no pudo dominarse y estalló en una carcajada que conmovió a toda la sala, y que duró hasta que los músicos de la orquesta de cámara filarmónica comenzaron a tocar. Hubo algunos discursos sobre Grillparzer y se dijeron uñas palabras sobre mí, en conjunto, sin embargo, fue una hora y, como siempre en esas ocasiones, se habló demasiado y, como es natural, tonterías. Durante esos discursos la Ministra se durmió y, como pude oír claramente, se puso a roncar, y no se despertó hasta que los músicos de cámara filarmónicos empezaron a tocar otra vez. Cuando terminó la ceremonia, se arremolinaron en el estrado tantos como pudieron alrededor de la Ministra y del presidente Hunger. A mí nadie me hizo ya caso. Como no dejé inmediatamente el salón de actos con los míos, oí todavía cómo la Ministra exclamaba de pronto: *¿Pero dónde está el escritorcete?* Entonces tuve bastante, definitivamente, y dejé la Academia de Ciencias tan deprisa como pude. Sin dinero y dejarse defecar en la cabeza, indudablemente, fue en ese instante insoportable. Corrí, arrastrando más o

menos a los míos, afuera, a la calle, y todavía oigo cómo Paul me decía mientras tanto: *¡Te has dejado utilizar! ¡Se han defecado en tu cabeza!* Realmente, pensé, te han defecado en la cabeza. También hoy se han defecado otra vez en tu cabeza, como se han defecado siempre en tu cabeza. Pero tú te has dejado defecar en la cabeza, pensé, y por añadidura en la Academia de Ciencias de Viena. Antes de ir con los míos al Sacher, para digerir todo aquel perverso proceso del premio ante un lomo de ternera, fui aún al almacén de confección del Kohlmarkt en donde me había comprado antes de la ceremonia el traje nuevo. El traje me estaba demasiado estrecho y quería otro, dije en la tienda, y lo dije con una firmeza tan insolente, que los empleados me dejaron enseguida, sin resistencia, elegir un nuevo traje. Me probé dos, tres trajes, que bajé por mí mismo de las perchas, y me decidí por el más cómodo. Me quedé con el traje, pagué un pequeño suplemento, y pensé, cuando estaba otra vez en la calle, que pronto otro llevaría el traje que yo había llevado en la llamada concesión del premio Grillparzer en la Academia de Ciencias, y deambularía con él por Viena, eso me divirtió. Otra prueba, no menos clara, de la fuerza de carácter de Paul: la llamada concesión del Premio Nacional de Literatura (mucho tiempo antes del premio Grillparzer), que, según escribieron entonces los periódicos, terminó con un *escándalo*. El Ministro que, en el salón de audiencias del Ministerio, hizo lo que se llama mi elogio, no dijo en ese elogio más que tonterías de mí, porque no hizo más que leer en un papel lo que le había escrito alguno de sus funcionarios encargado de la Literatura, por ejemplo que yo había escrito una novela sobre los *mares del Sur*, lo que, naturalmente, jamás había hecho. Aunque siempre he sido austríaco, el Ministro afirmó que yo era holandés. Aunque yo no tenía la menor idea de ello, el Ministro afirmó que yo estaba *especializado en novelas de aventuras*. En su discurso afirmó varias veces que yo era extranjero y *huésped de Austria*. Sin embargo, las insensateces leídas en el papel por el Ministro no me afectaron, porque sabía muy bien que aquel tonto de Estiria que, antes de ser Ministro, había sido en Graz secretario de la Cámara de Agricultura, encargado sobre todo de la ganadería, no tenía la culpa. Aquel Ministro, como, sin excepción, todos los demás Ministros, llevaba la estupidez escrita en el rostro, lo que era repulsivo pero no indignante, y aguanté sin más aquel elogio ministerial de mí. Sin embargo, después de que, por decirlo así para agradecer el premio, pronuncié unas frases que había escrito en una hoja de papel poco antes de la entrega del premio, a toda prisa y con la mayor repugnancia, una pequeña digresión filosófica por decirlo así, en la que sólo decía que el hombre es miserable y tiene la muerte segura, mi disertación no había durado en conjunto más de tres minutos, el Ministro, que no había comprendido nada de lo que yo había dicho, saltó de su asiento indignado y agitó el puño cerrado ante mi cara. Resoplando de rabia me llamó además *perro* delante de todos los presentes y dejó el salón, no sin cerrar tras sí la puerta de cristales con tal fuerza que se partió en mil pedazos. Todos los que estaban en el salón de audiencias se pusieron en pie de un salto y miraron estupefactos la precipitada salida del Ministro. Durante unos minutos

reinó, como suele decirse, *un profundo silencio*. Entonces ocurrió lo curioso: toda la concurrencia, a la que sólo puedo calificar de jauría oportunista, se precipitó tras el Ministro, no sin arremeter antes contra mí, no sólo con insultos sino también con puños cerrados, recuerdo muy bien el puño cerrado que el señor Henz, presidente del Senado de las Artes, agitó ante mí, lo mismo que todos los demás *homenajes* que me dirigieron en aquel instante. Toda la concurrencia, unos centenares de vividores de las artes, pero sobre todo escritores, o sea colegas, como suele decirse, y sus acompañantes, se precipitaron tras el Ministro, y rehúso enumerar los nombres de todos los que se precipitaron tras aquel Ministro por la puerta de cristales destrozada, porque no tengo ganas de ir a juicio por semejante ridiculez, pero fueron los más conocidos y los más famosos y los más considerados quienes se precipitaron fuera de la sala y por la escalera detrás del Ministro, dejándome plantado, con el ser de mi vida, en la sala de audiencias. Como un leproso. Nadie se quedó conmigo y con el ser de mi vida, y todos, pasando ante el refrigerio preparado para ellos, se precipitaron fuera siguiendo al Ministro y bajaron la escalera... salvo Paul. Fue el único que se quedó conmigo y con la compañera de mi vida, el *ser de mi vida*, consternado y divertido a la vez por el incidente. Más tarde, cuando no podía resultarles ya peligroso, algunos, después de haber desaparecido al principio, se atrevieron a volver a mí, y regresaron a hurtadillas a la sala de audiencias, un pequeño grupito que finalmente se puso a deliberar adónde se podía ir para digerir con una comida todo aquel acontecimiento ridículo. Todavía años después Paul y yo podíamos enumerar los nombres de todos los que entonces, en su sumisión sin escrúpulos al Estado y sus Ministros, corrieron tras aquel obtuso Ministro de Estiría, y de cada uno sabíamos por qué. Al día siguiente se hablaba en los periódicos austríacos de aquel *Bernhard que tiraba piedras a su propio tejado* y que había ofendido al Ministro, cuando en realidad había ocurrido exactamente lo contrario, y era el Ministro Piffel-Percevic quien había ofendido al escritor Bernhard. Sin embargo, en el extranjero, en donde no se depende de los Ministerios austríacos ni de sus enredos en materia de subvenciones, el acontecimiento se comentó como era debido. *Aceptar un premio es ya una perversión*, me dijo entonces mi amigo Paul, *pero aceptar un premio nacional es la mayor de las perversiones*. Como las visitas a nuestra *musical* amiga Irina en la Blumenstockgasse se habían convertido en nuestro hábito preferido, el hecho de que nuestra amiga se mudase un día al campo, y por añadidura a un poblacho de la Alta Austria muy apartado, al que sólo podíamos llegar después de un viaje en auto de dos horas, porque ni siquiera tenía su propia conexión ferroviaria, significó una catástrofe. Era inimaginable qué podía buscar en el campo Irina, mujer de la gran ciudad. Aquella mujer que, año tras año, iba cada noche a un concierto o a la ópera o a una obra de teatro, había alquilado de la noche a la mañana una alquería de una sola planta, de la que la mitad se utilizaba como pocilga, como pudimos comprobar con espanto Paul y yo, y en la que no sólo había goteras sino que, además, como no tenía sótano, había una humedad que llegaba hasta el techo. Y allí estaban sentados de

repente Irina y su musicólogo, que durante años había escrito en periódicos y revistas vieneses, apoyados en una estufa americana de hierro colado y comiendo el llamado pan de aldeano hecho en casa, con la ropa raída y desgarrada y, mientras yo me tenía que tapar las narices por el penetrante olor de la pocilga, elogiaban el campo y maldecían de la ciudad. El musicólogo no escribía ya artículos sobre Webern y Berg, sobre Hauer y Stockhausen, sino que partía leña ante la ventana o vaciaba las aguas fecales de la cegada letrina. Irina no hablaba ya de la Sexta o la Séptima, sino nada más de la carne ahumada que, con sus propias manos, había colgado en la chimenea, no hablaba ya de Klemperer o la Schwarzkopf, sino del tractor del vecino que la despertaba ya a las cinco de la mañana, con el gorjeo de los pájaros. Al principio habíamos creído que Irina y su musicólogo marido volverían muy pronto a la música, dejando su fascinación por la agricultura, pero nos engañamos. Pronto no se habló ya en absoluto de música, como si nunca hubiera existido. Íbamos a verla, y nos servía su pan amasado por ella misma y su sopa cocinada por ella misma y además los rábanos cultivados por ella misma y tomates cultivados por ella misma, y nos sentíamos engañados y pensábamos que nos tomaba el pelo. En pocos meses, Irina se había convertido de la mujer refinada de la gran ciudad y la más apasionada de las vienesas en una provinciana de la Baja Austria, honrada campesina, que colgaba en la chimenea su carne ahumada y cultivaba sus hortalizas, lo que, desde nuestro punto de vista, equivalía a una autodegradación radical y no podía dejar de repelernos. Por eso muy pronto dejamos de ir a verla y la perdimos realmente de vista. Nos vimos obligados a buscar un nuevo escenario para nuestras conversaciones y debates, pero no encontrábamos ninguno, no había ya una Blumenstockgasse. Confiados a nosotros mismos sin Irina, nos veíamos abandonados por todos los buenos genios musicales cuando nos sentábamos ahora en el Sacher o en el Bräunerhof o en el Ambassador, donde había también un rincón ideal para las personas como nosotros, desde el que realmente podíamos verlo todo sin ser vistos y donde las conversaciones no eran sofocadas enseguida, una vez que tomaban impulso. Como no nos gustaban los paseos, nos encontrábamos y nos dirigíamos al instante al Sacher o a alguno de los otros cafés que nos parecían apropiados para nuestros fines. En cuanto estábamos sentados en *nuestro* rincón del Sacher, teníamos enseguida alguna víctima para nuestras especulaciones. A partir de algún extranjero o no extranjero que, como cabe imaginar, se comía allí su pastel o su jamón de Praga con la famosa crema de rábano, no sin una crispación total, bastante agotado por las fatigas de su visita a la ciudad, y que, por ello, se comía el pastel demasiado aprisa o se tragaba el café con demasiada avidez, por ejemplo, atacábamos la estúpida glotonería que, en los últimos decenios, se extendía por todas partes. De un alemán metido como por castigo en un abrigo de piel de mal gusto, que se estaba hinchando de nata batida, por ejemplo, podíamos deducir sin rodeos nuestra aversión hacia todos los alemanes de Viena; de un holandés que se sentaba ante la ventana con un jersey amarillo chillón y que, creyéndose inobservado, se sacaba continuamente con el índice de la mano derecha

grandes pelotillas de moco de la nariz, no nos faltaba mucho para llegar a la execración total de todo lo neerlandés, que de repente nos parecía aborrecible de toda la vida. Los que no conocíamos tenían que pagar el pato mientras no echábamos el ojo a algún conocido, pero si aparecía uno de esos conocidos, dirigíamos a él nuestros pensamientos, que se adaptaban exactamente al objeto considerado, y que, manifiestamente, podían divertirnos durante horas, al utilizarlos abusivamente para un tema, según nos parecía, algo más elevado, con el fin de alejar nuestro aburrimiento, como punto de partida para otros pensamientos totalmente distintos, de los que nos atrevíamos a pensar que eran nada menos que filosóficos. Así, no era raro que fuera sencillamente una persona totalmente corriente, que bebía su café, la que nos llevara a Schopenhauer, o que una señora que devoraba grandes pedazos de pastel de hojaldre con su maleducado nieto, por ejemplo, nos hiciera convertir a los bufones de Velázquez del Prado en centro de una conversación que, llegado el caso, podía durar horas. Un paraguas que se caía al suelo podía llevarnos no sólo, como puede imaginarse, a Chamberlain, sino directamente al presidente Roosevelt, y un transeúnte que pasaba con un pequeño pequinés, a la forma de vida extraordinariamente costosa de los marajás indios, y así sucesivamente. Cuando estoy en el campo y no tengo ningún estímulo, se me atrofia el pensamiento, porque se me atrofia la cabeza entera, pero en la gran ciudad no tengo esa experiencia catastrófica. Las personas que se van de la gran ciudad y quieren mantener en el campo su nivel intelectual, como decía Paul, deben estar dotadas de un enorme potencial y, por consiguiente, de una increíble reserva de sustancia cerebral, pero también ellas se estancan más pronto o más tarde y se atrofian, y la mayoría de las veces, cuando se dan cuenta de ese proceso de atrofia, es ya demasiado tarde para sus fines, se extinguen irremisiblemente y, hagan lo que hagan, de nada les sirve. Por eso también, durante todos esos años que duró mi amistad con Paul, me acostumbré al ritmo, que necesito para vivir, de alternar entre la ciudad y el campo, y tengo la intención de mantener ese ritmo hasta el final de mi vida, quince días al menos en Viena, quince días al menos en el campo. Porque tan deprisa como se empapa la cabeza en Viena, se vacía en el campo y en realidad se vacía en el campo más deprisa de lo que se empapa en Viena, porque el campo es siempre, en cualquier caso, más cruel con la cabeza y sus intereses de lo que puede serlo nunca la ciudad, lo que quiere decir, la gran ciudad. A un hombre de espíritu el campo se lo quita todo y no le da (casi) nada, mientras que la gran ciudad da ininterrumpidamente, sólo hay que verlo y, como es natural, sentirlo, pero son los menos los que lo ven, y tampoco lo sienten, y por eso se ven atraídos de una forma repulsivamente sentimental por el campo, donde, en cualquier caso, se ven intelectualmente chupados, agotados incluso en el plazo más breve y, en fin y final de cuentas, conducidos a la ruina. En el campo no puede desarrollarse nunca el espíritu, sólo en la gran ciudad, pero hoy todos corren de la ciudad al campo porque, en el fondo, son demasiado cómodos para utilizar la cabeza, naturalmente puesta a prueba de una forma radical en la gran ciudad, ésa es la verdad,

y prefieren extinguirse en una Naturaleza a la que, sin conocerla, admiran sentimentalmente en su estúpida ceguera, a aprovechar las enormes ventajas de la gran ciudad y, sobre todo, de la gran ciudad de hoy, que con el tiempo y su historia aumentan y se multiplican de la forma más maravillosa, de lo que, probablemente, no son en absoluto capaces. Yo conozco *ese campo letal* y huyo de él, siempre que puedo, al precio de tener que vivir en una gran ciudad, llámese en fin de cuentas como quiera, sea tan fea como quiera, siempre será para mí cien veces mejor que el campo. Siempre he maldecido mis pulmones enfermos, que me han impedido, para siempre, vivir en la gran ciudad, que sería lo que me convendría. Pero es absurdo romperse la cabeza una y otra vez con algo realmente inevitable, que desde hace tantos años no se discute ya y que para mí no se discute ya. Qué suerte tenía en eso, pienso, mi amigo Paul, que siempre tuvo unos pulmones excelentes y no dependía de estancias vitales en el campo. Podía permitirse lo que, para mí, es el sùmmum: vivir en la gran ciudad, lo que yo nunca pude permitirme a la larga, si quería seguir viviendo. Aunque desde hacía ya años él no bebía alcohol, su lugar nocturno preferido en Viena, todavía en el último año de su vida, era el *Eden-Bar*, porque después de la muerte de su Edith, como es natural, no aguantaba ya en casa. Entonces supe también de repente por qué nunca, aunque había estado con él muchos cientos de veces en el Bräunerhof y, por consiguiente, en la casa en que vivía, me había invitado a su piso. Consistía sólo en una habitación bastante grande, y la cocina y el baño estaban, en otra estancia al lado. Sólo unos meses antes de su muerte pudo subir conmigo, con esfuerzo, la escalera de ese *piso* suyo, y hay que decir que yo tuve probablemente dificultades mucho mayores para llegar, desde hace decenios apenas puedo subir escaleras y a los tres o cuatro escalones me falta ya el aliento. El ascensor estaba estropeado, el pasillo casi totalmente oscuro, de forma que los dos subimos a tientas, animándonos mutuamente con nuestros jadeos. El piso en sí no era nada, dijo cuando entramos, pero *la situación* era *inmejorable*, y lo que le importaba era la situación (¡más céntrica, imposible! según él), y también el hecho de que aquel piso le resultaba asequible, y uno mayor no. *Sin embargo, para Edith era muy deprimente*, dijo, señalando al mismo tiempo la puerta semiabierta de la cocina y retrete. Detrás se apilaban montañas de ropa sucia y vajilla, y un gigantesco montón de comestibles no utilizados y estropeados ya. El último agujero de un fracasado, había pensado yo. Los dos nos habíamos sentado en un sofá tapizado de terciopelo verde oscuro, para calmarnos, antes de poder pensar en hacer otros comentarios que aquellos embarazosos sobre la estrechez y la suciedad, la oscuridad y la situación ideal. Aquel sofá era todavía de su infancia, de casa de sus padres, y su mueble favorito, dijo. Hoy no puedo decir ya *lo que* sentados en el sofá hablamos, pero pronto me levanté y me despedí, dejando solo a mi amigo sin esperanzas, sentado en su sofá verde oscuro. De pronto no lo soporté más, continuamente pensaba que no estaba ya sentado con una persona viva sino muerta hacía tiempo, y me aparté de él. Todavía cuando estaba yo en su piso, se puso a llorar, con las manos apretadas entre las rodillas, porque de

pronto vio otra vez muy claramente que aquello era el fin, pero no quise volverme ya y bajé la escalera tan aprisa como pude para salir al aire libre. Corrí por la Stallburggasse y luego por la Dorotheergasse y atravesé Stephanplatz hasta la Wollzeile; donde pude dar unos pasos más tranquilos. En el llamado Stadtpark me senté en un banco y traté de salir de mi estado, que era espantoso, porque tenía a cada instante la sensación de que me ahogaba, mediante un ritmo respiratorio exactamente marcado por mi cabeza. Pensé, sentado allí en el banco del Stadtpark, que había sido posiblemente la última vez que veía a mi amigo. Que un cuerpo tan debilitado, en el que apenas quedaba aún una chispa, porque no tenía ya ningún deseo de vivir, pudiera aguantar más de unos días, no lo creía. Y lo solo que estaba aquel hombre de pronto fue lo que me conmovió más profundamente. Precisamente un hombre así, que nació y creció y se hizo mayor y finalmente bastante viejo y viejo, como lo que se llama un hombre de mundo. Y luego pensé en cómo encontré a aquel hombre, que realmente había sido mi amigo, y que con tanta frecuencia hizo feliz en tan gran medida mi existencia, en sí no realmente desgraciada, pero sin embargo la mayor parte del tiempo fatigosa. Que me ilustró sobre tantas cosas que para mí habían sido totalmente ajenas, me mostró caminos que no había conocido antes, me abrió puertas que antes me habían estado totalmente cerradas, y me devolvió a mí mismo precisamente en el momento decisivo en que, posiblemente, hubiera perecido en el campo, en Nathal. Porque realmente en aquel período, antes de conocer a mi amigo, hacía ya años que tenía que luchar con una melancolía enfermiza, cuando no depresión, y en verdad me había considerado entonces perdido, durante años no trabajaba ya en nada esencial, y la mayor parte del tiempo sólo comenzaba y terminaba mis jornadas con un desinterés total. Y en aquella época había estado muy a menudo cerca de poner fin incluso a mi vida por mi propia mano. Durante años no estuve más que refugiado en una especulación sobre el suicidio, horrible y mortal para el espíritu, que me lo hacía todo insoportable, y a mí mismo más insoportable que a nadie, en contra de la falta de sentido diario, que me rodeaba y en la que me había precipitado probablemente por mi debilidad general, pero sobre todo por mi debilidad de carácter. Desde hacía ya mucho tiempo no podía imaginar que *podría* seguir viviendo, ni siquiera que podría seguir existiendo, no podía aceptar ya en mí ninguna finalidad para mi vida y, por ello, no podía ya dominarme, y cuando me despertaba por la mañana estaba inevitablemente sometido a ese mecanismo de pensamiento en el suicidio, del que no podía salir ya en todo el día. En aquella época había sido abandonado también por todos, porque yo los había abandonado, ésa es la verdad, porque no quería ya a ninguno, lo mismo que tampoco quería ya nada, pero sin embargo era demasiado cobarde para poner fin a mí mismo. Y probablemente en el punto culminante de mi desesperación, no me da vergüenza pronunciar aún la palabra, porque al fin y al cabo no tengo ya la intención de mentirme a mí mismo embelleciendo nada, cuando nada hay que embellecer en una sociedad y en un mundo en donde continuamente se embellece todo y, de hecho, de la forma más repulsiva,

apareció Paul, lo conocí en la Blumenstockgasse en casa de nuestra común amiga Irina. Fue para mí al instante un ser tan totalmente distinto y nuevo, y por añadidura asociado con un nombre admirado por mí desde hacía ya decenios, más que ningún otro, que inmediatamente tuve la sensación de que allí estaba mi salvador. En aquel banco del Stadtpark tuve conciencia otra vez muy claramente de todo eso y no me avergoncé de mi patetismo, ni de las palabras altisonantes que dejaba entrar en mí con toda violencia, que otras veces nunca dejaba entrar en mí y entonces, de repente, me hacían bien de una forma desmesurada y no las suavizaba en lo más mínimo. Dejaba que todas aquellas palabras cayesen sobre mí como una lluvia refrescante. Y hoy pienso que las personas que han significado realmente algo en nuestra vida podemos contarlas con los dedos de una mano, y muy a menudo esa mano se rebela incluso contra la perversión que consiste en creer que tenemos que recurrir a toda una mano para contar a esas personas, cuando, si somos sinceros, podríamos arreglárnoslas sin un solo dedo. En un estado soportable que, como nos consta, cuanto más viejos somos tenemos que crear con tanto mayor refinamiento mediante todas las acrobacias imaginables e inimaginables de nuestra cabeza, al fin y al cabo ya fatigada hasta el límite de la tolerancia sin esos enfermizos números extraordinarios, llegamos de vez en cuando, porque de otro modo tendríamos que renunciar, a contar tres o cuatro de los que, a la larga, no sólo hemos recibido algo, sino mucho, sí, que en determinados instantes y épocas decisivos para nuestra existencia lo han significado todo y realmente lo han sido todo también, aunque al mismo tiempo tampoco tenemos que olvidar que, en el caso de esos pocos, se trata al fin y al cabo de muertos y, por consiguiente, de personas hace ya tiempo fallecidas, porque, por amarga experiencia, no podemos incluir en nuestro juicio como es natural a los que hoy viven todavía y existen con nosotros y, llegado el caso, hasta caminan a nuestro lado, si no queremos correr el peligro de equivocarnos básicamente y de la forma más penosa y ridícula y, por consiguiente, desacreditarnos sobre todo ante nosotros mismos. Indudablemente, en lo que se refiere a Paul, el sobrino del filósofo Ludwig Wittgenstein, no hubiera tenido esos temores, al contrario, él, con el que estuve unido tantos años, hasta su muerte, a través de todas las pasiones y enfermedades imaginables y de las ideas continuamente desarrolladas a partir de esas pasiones y enfermedades, pertenecía precisamente a los que, en todos esos años, tanto bien me hicieron y, en cualquier caso, mejoraron mi existencia de la forma más útil, lo que quiere decir de la que convenía a mis aptitudes y capacidades y necesidades, y en general me la hicieron muy a menudo posible siquiera, lo que ahora, dos años después de su muerte, me resulta muy claro y, teniendo en cuenta el frío de enero y el vacío de enero en mi casa, no se discute. Como ya no tengo ninguna persona viva para ese fin, me digo, me defenderé al menos con los muertos contra ese frío de enero y ese vacío de enero, y entre todos esos muertos ninguno me está más próximo en estos días y en este instante que mi amigo Paul. Pongo el acento expresamente en ese *mi*, porque estas notas llevan al papel, al fin y al cabo, la imagen que yo tengo de mi

amigo Paul Wittgenstein, y no otra. Como con el tiempo descubrimos tantas cosas comunes, pero al mismo tiempo también tantas opuestas, en nosotros y dentro de nosotros, ya pronto después de nuestro primer encuentro en la Blumenstockgasse llegamos a un grado bastante grande de dificultad en nuestra amistad, y luego, como es natural, al mayor y finalmente al más extremo, en una amistad que, realmente, me penetró y guió todos esos años, hasta su muerte, consciente o inconscientemente, y siempre de una forma elemental, como sé ahora: fui penetrado y guiado por una amistad que no nos encontramos sencillamente y conservamos luego, sino que tuvimos que ganarnos a pulso fatigosamente todo el tiempo, para poder conservarla en la forma útil y rentable correspondiente, teniendo en cuenta ininterrumpidamente, con la mayor prudencia, su fragilidad. Mientras que él, pensaba yo en el banco del Stadtpark, según pretendía siempre, a causa de los sillones más cómodos, pero sobre todo de los cuadros mucho mejor pintados que cuelgan en él, iba preferentemente al salón de la derecha de los dos del café del Sacher, yo prefería como es natural, a causa de los periódicos extranjeros disponibles en todo momento, sobre todo franceses e ingleses, y del aire mucho más puro, el izquierdo, y por eso, cuando yo estaba en Viena, y estaba en Viena en esos años la mayor parte del tiempo, y cuando íbamos al Sacher, e íbamos sobre todo al Sacher, nos dirigíamos una vez al salón de la izquierda y otra al de la derecha del café del Sacher, que era realmente, para nuestras especulaciones, mejor que cualquier otro y, por consiguiente, ideal. Era lógico que nos citásemos en el Sacher o, por cualquier razón que hiciera imposible el Sacher, en el Ambassador. Conozco el Sacher de una época de la que hace ya casi treinta años, en la que casi a diario me sentaba allí con los amigos que rodeaban al compositor Lampersberg, genial e igualmente loco, los cuales, al final de la época de mis estudios, que fue mi época más difícil, hacia mil novecientos cincuenta y siete, me introdujeron en el mundo delicado del primero de todos los cafés vieneses, afortunadamente, tengo que decir hoy, no en un típico café de literatos, que en el fondo me han repugnado siempre, sino en *el* café de sus víctimas. En el Sacher tenía a mano en todo momento todos los periódicos que a partir de mis veintidós o veintitrés años necesité, y podía estudiar esos periódicos durante horas sin ser molestado en absoluto, en uno de los cómodos rincones del salón de la izquierda; efectivamente, me veo hoy todavía allí sentado tardes enteras con *Le Monde* o el *Times* desplegados, sin dejarme interrumpir ni un momento en mi placer, lo que realmente no ocurrió jamás en el Sacher, hasta donde recuerdo. En un café literario no me hubiera sido posible nunca dedicarme toda una tarde a mis periódicos sin ser molestado en absoluto, porque no pasaba ni media hora sin que fuera molestado por la *entrada en escena* de algún escritor y de su séquito, una sociedad que siempre me ha sido profundamente repulsiva porque me apartaba continuamente de mi verdadero propósito, me impedía siempre hacer lo esencial de la forma más grosera, y al fin y al cabo no me permitía siquiera hacer eso esencial, y nunca como yo quería. Los cafés de literatos tienen una atmósfera maloliente, que irrita los nervios y mata el espíritu, y

nunca he aprendido en ellos nada nuevo y sólo me he visto siempre allí irritado y molesto y deprimido de la forma más absurda. En el Sacher, sin embargo, nunca me he visto irritado, deprimido ni tan siquiera molesto, e incluso he podido trabajar muy a menudo en el Sacher, a mi manera, no a la manera de los que trabajan en los cafés de literatos. En el Bräunerhof, sobre el que vivía mi amigo desde hacía ya decenios, antes de que yo lo conociera, todavía hoy me molesta el aire viciado y la luz reducida a una iluminación mínima, sin duda por perversas razones de economía, con la que nunca me ha sido posible leer ni una línea sin esfuerzo, y tampoco me gustan los bancos del Bräunerhof, porque, aun utilizados el tiempo más breve, causan inevitablemente en la columna vertebral los mayores daños, por no hablar del penetrante olor a cocina del Bräunerhof, que, aunque sólo se esté en él breve tiempo, impregna la ropa, aunque el Bräunerhof tiene también las mayores ventajas que, sin embargo, no bastan para mis fines sumamente personales, una de esas ventajas consiste, por ejemplo, en la atención suprema de los camareros que prestan sus servicios en el Bräunerhof y en la cortesía francamente ideal del propietario del café, ni excesiva ni escasa. Sin embargo, en el Bräunerhof reina durante todo el día una penumbra desesperante, lo que resulta ventajoso para los jóvenes enamorados y los viejos enfermos, pero no para una persona como yo, concentrada en el estudio de libros y periódicos, que da más importancia a leer libros y periódicos todas las mañanas que a cualquier otra cosa, y que en el curso de su vida intelectual se ha especializado sobre todo en los libros y diarios ingleses y franceses, porque los de lengua alemana no puede soportarlos ya desde que empezó a leer. ¡Qué es por ejemplo, me he dicho una y otra vez, y me digo hoy todavía, el *Frankfurter Allgemeine* en comparación con el *Times*, qué el *Süddeutsche Zeitung* en comparación con *Le Monde*! Pero los alemanes no son al fin y al cabo ingleses, ni naturalmente, mucho menos, franceses. Y, desde mi más temprana juventud, aprecio la ventaja de poder leer los libros y periódicos ingleses y franceses como la mayor de mis ventajas. Qué sería mi mundo, pienso una y otra vez, si sólo dependiera de los diarios alemanes, que en conjunto sólo son diarios de porquería, por no hablar de los austríacos, que no son siquiera periódicos, sino sólo inútil papel de retrete que se tira a diario en millones de ejemplares. En el Bräunerhof los pensamientos se ahogan inmediatamente en el humo de los fumadores y el vaho de la cocina y en las habladurías de los vieneses cultos en sus tres cuartas partes, o en su mitad, o en una cuarta parte, que hacia el mediodía dejan escapar allí su vapor social. En el Bräunerhof la gente habla, para mí, demasiado alto o demasiado bajo, los camareros sirven demasiado despacio o demasiado deprisa pero, en el fondo, el Bräunerhof, precisamente *porque* se opone a todo lo que, cada día, me atrevo a reclamar para mí, es *el* café vienés, lo mismo que el Café Hawelka, de moda en los últimos años y en estos de ahora totalmente venido a menos con la misma rapidez. El típico café vienés, que es famoso en el mundo entero, lo he odiado siempre, porque todo lo que hay en él está contra mí. Por otra parte, durante decenios me sentía como en casa precisamente

en el Bräunerhof, que siempre ha estado *totalmente* contra mí (como el Hawelka), lo mismo que en el Café Museum, y lo mismo que en otros cafés de Viena que frecuenté en mis años vieneses. He odiado siempre los cafés vieneses y he entrado una y otra vez en esos cafés vieneses odiados por mí, los he visitado a diario, porque, aunque siempre he odiado los cafés vieneses, y precisamente porque los he odiado siempre, he sufrido siempre en Viena la *enfermedad del habitual del café*, y he padecido esa enfermedad del habitual del café más que cualquier otra. Y, para ser sincero, todavía hoy padezco esa enfermedad del habitual del café, porque se ha descubierto que esa enfermedad del habitual del café es *la* más incurable de todas mis enfermedades. He odiado siempre los cafés vieneses porque, en ellos, me he visto enfrentado siempre con mis iguales, ésa es la verdad, y no quiero verme ininterrumpidamente enfrentado conmigo mismo, ni mucho menos en el café, al que voy al fin y al cabo para escapar de mí, pero precisamente allí me enfrento conmigo mismo y con mis iguales. No me soporto a mí mismo, por no hablar de soportar a toda una horda de mis iguales, meditando y escribiendo. Evito la literatura, siempre que puedo, porque me evito a mí mismo, siempre que puedo, y por eso tengo que prohibirme en Viena ir a los cafés o, por lo menos, tener siempre cuidado, cuando estoy en Viena, de no ir *en ningún caso, sea el que sea*, a lo que se llama un café literario vienés. Pero como padezco la enfermedad del habitual del café, me veo obligado a entrar una y otra vez en algún café de literatos, aun cuando todo lo que hay en mí se resista. Cuanto más y más profundamente he odiado los cafés de literatos vieneses, tanto más a menudo y de forma tanto más intensa he entrado en ellos. Esa es la verdad. Quién sabe cuál hubiera sido mi evolución si no hubiera conocido a Paul Wittgenstein precisamente en el punto culminante de esa crisis, que sin él me hubiera precipitado de cabeza probablemente en el mundo de los literatos, o sea, en el más abominable de todos los mundos, en el mundo de los literatos vieneses y en su ciénaga intelectual, porque sin duda eso hubiera sido lo más sencillo entonces, en el punto culminante de esa crisis, hacerme comodón y abyecto y, por consiguiente, acomodaticio y, por consiguiente, renunciar y mezclarme con los literatos. Paul me libró de ello, porque había aborrecido siempre también los cafés de literatos. Con motivo, de la noche a la mañana y más o menos para salvarme, fui con él al Sacher y no a los llamados cafés de literatos, al Ambassador y no al Hawelka, etcétera, hasta que pude *permitirme* otra vez ir a los cafés de literatos, en el momento en que dejaron de producir en mí su efecto letal. Porque los cafés de literatos producen un efecto letal en el escritor, ésa es la verdad. Por otra parte, y ésa es también la verdad, aún hoy me siento en mis cafés vieneses más en casa que en mi casa de Nathal, en Viena en general más que en la Alta Austria, que me prescribí a mí mismo hace dieciséis años como terapia de supervivencia, sin que jamás haya podido pensar siquiera en considerarla como *hogar*, probablemente ya por la razón de peso de que, desde el principio, me he aislado demasiado en Nathal, y tampoco he hecho nada contra ese aislamiento, al contrario, he llevado ese aislamiento, tanto consciente como inconscientemente, hasta

el más alto grado de desesperación. Al fin y al cabo siempre he sido un hombre de gran ciudad, y el hecho de que, en definitiva, viviera la primera época de mi vida en una gran ciudad, en el mayor puerto de Europa, en Rotterdam, ha desempeñado en mi vida, ininterrumpidamente, un gran papel, no en balde respiro inmediatamente cuando estoy en Viena. Y a la inversa, sin embargo, cuando estoy unos días en Viena tengo que huir a Nathal, si no quiero ahogarme en la abominable atmósfera de Viena. Y así, en los últimos años, me he acostumbrado a cambiar Viena por Nathal, y a la inversa Nathal por Viena, por lo menos a un ritmo bisemanal, cada quince días huyo de Nathal a Viena y luego otra vez de Viena a Nathal y, por ello, para poder simplemente sobrevivir, me he convertido en un personaje llevado de un lado a otro entre Viena y Nathal, que sólo puede existir gracias a ese ritmo marcado con la mayor decisión. Vengo a Nathal para reponerme de Viena, y a la inversa voy a Viena para curarme de Nathal. Esa inquietud me viene de mi abuelo por parte de madre, que durante toda su vida existió con esa inquietud destructora de los nervios, y que, en fin de cuentas, pereció también por esa inquietud. Todos mis antepasados estuvieron dominados por esa inquietud, y no aguantaban mucho tiempo en un mismo lugar ni en un mismo asiento. Tres días de Viena y no lo soporto más, tres días de Nathal y no lo soporto más. En los últimos años de su vida, mi amigo se adaptó a ese ritmo mío de ir y venir, y muy a menudo iba conmigo a Nathal y volvía, y a la inversa. En cuanto he llegado a Nathal, me pregunto qué se me ha perdido en Nathal, en cuanto he llegado a Viena, me pregunto qué se me ha perdido en Viena. Como el noventa por ciento de los hombres, en el fondo quiero estar siempre donde no estoy, allá de donde acabo de huir. Esa fatalidad ha empeorado en los últimos años en lugar de mejorar, y con intervalos cada vez más cortos voy a Viena y vuelvo otra vez a Nathal y desde Nathal a alguna otra gran ciudad, a Venecia o a Roma, y otra vez de vuelta, a Praga y otra vez de vuelta. Y la verdad es que sólo *sentado en el coche*, entre el lugar que acabo de dejar y el otro al que me dirijo, *soy feliz*, sólo en el auto y en el viaje soy feliz, soy el más infeliz de los recién llegados que puede imaginarse, llegue a donde llegue, en cuanto llego, soy infeliz. Soy de esas personas que, en el fondo, no soportan ningún lugar del mundo y sólo son felices *entre los lugares* de donde se marchan o a los que van. Hace sólo unos años creía que esa fatalidad enfermiza tendría que conducirme muy pronto, forzosamente, a una locura total, pero no me ha llevado a esa locura total, me ha guardado realmente de esa locura total, de la que durante toda mi vida he tenido el mayor miedo. Y precisamente mi amigo Paul tenía, como yo, la misma enfermedad, tampoco él hizo más que viajar de un lugar a otro durante muchos años y decenios, con el único fin de dejar un lugar y visitar otro, sin que, llegase a donde llegase, eso le hiciera feliz; tampoco él lo logró jamás y hablamos a menudo de ello. En la primera mitad de su vida, no dejó de viajar alternativamente entre París y Viena, y también entre Madrid y Viena, Londres y Viena, como correspondía a sus orígenes y a sus posibilidades, y yo, en menor medida, como cabe imaginar, aunque también con la misma obsesión enfermiza,

precisamente de Nathal a Viena y a la inversa, y de Venecia a Viena, y en cualquier caso luego también de Roma a Viena, etcétera. Soy el más feliz de los viajeros, de los que se mueven, de los que se marchan, de los que se marchan *fuera*, y el más infeliz de todos los que llegan. Como es natural, se trata, desde hace tiempo, de un estado enfermizo. Había otra obsesión más, que hay que clasificar igualmente como enfermedad y que los dos teníamos en común: la llamada *enfermedad de la numeración*, que también tuvo Bruckner, sobre todo en los últimos años de su vida. Durante semanas, durante meses, por ejemplo, cuando voy en tranvía a la ciudad, me veo obligado, al mirar por la ventanilla, a contar los intervalos que hay entre las ventanas de los edificios, o las propias ventanas, o las puertas, o los intervalos entre las puertas, y cuanto más aprisa va el tranvía tanto más aprisa tengo que contar y no puedo dejar de contar hasta llegar al borde de la locura, según pienso. Por eso me he acostumbrado a menudo, para escapar a la enfermedad de la numeración, cuando voy en tranvía por Viena o por otra ciudad, a no mirar por la ventana y dirigir la vista sencillamente al suelo, lo que sin embargo exige un enorme dominio, del que no siempre soy capaz. También mi amigo Paul tenía la enfermedad de la numeración, pero la tenía en una medida mucho mayor aún y, según me dijo a menudo, le hacía insoportable ir en tranvía. Y él tenía también la misma costumbre que a mí me ha arrastrado muy a menudo hasta el borde de la locura, la de no pisar las baldosas sobre las que se camina sencillamente sin pensar, como los demás, sino de acuerdo con un sistema muy exactamente establecido, como por ejemplo, exactamente después de dos baldosas enteras, pisar la tercera, y no poner tampoco el pie sencillamente sin pensar, más o menos sin ningún plan, en el centro de la baldosa, sino con la mayor precisión en su borde delantero o en el posterior, según. Para personas como nosotros dos, nada debía quedar por decirlo así a la casualidad o el abandono, sino que todo tenía que tener su geometría, simetría o matemática totalmente calculada. Y o observé en él *desde el principio* tanto la enfermedad de la numeración como la peculiaridad de no pisar los suelos de baldosas sin pensar, sino de acuerdo con un sistema exactamente preestablecido. Una y otra vez se dice que los contrarios se atraen, pero en lo que a nosotros se refiere fueron más bien las cosas en común, y teníamos cientos y miles, las que me llamaron muy pronto la atención en él, como a él en mí. Y teníamos tantos cientos y miles de predilecciones en común como cientos y miles de aversiones; muy a menudo nos atraían las mismas personas y nos repelían las mismas. Pero eso no quiere decir, como es natural, en absoluto, que tuviéramos en todas y cada una de las cosas la misma opinión y el mismo gusto y la misma e idéntica lógica. Por ejemplo, si a él le gustaba Madrid, yo la aborrecía. A mí me gustaba el Adriático, él lo aborrecía, etcétera. Pero Schopenhauer nos gustaba a los dos, y Novalis y Pascal y Velázquez y Goya, mientras que a los dos nos repelía en la misma medida El Greco, sin duda salvaje pero totalmente carente de arte. El *señor Barón* no fue realmente, en los últimos meses de su vida, más que una sombra de lo que era, como suele decirse, y ante esa sombra, que cada vez cobraba más rasgos

espectrales, todos se apartaban cada vez más. Y yo mismo, como es natural, no tenía ya con la sombra de Paul la misma relación que con el Paul de antes. Apenas nos veíamos ya, aunque sólo fuera porque, a menudo, él no salía ya durante días enteros de su piso de la Stallburggasse, y sólo rara vez quedábamos citados. El señor Barón, como suele decirse, se había *apagado* realmente. Algunas veces, sin que se diera cuenta, lo observé en el centro de la ciudad, cuando caminaba fatigosamente, pero cuidando continuamente, sin embargo, de mantener la postura que le correspondía, a lo largo de los muros de las casas del Graben, por el Kohlmarkt y hasta la iglesia de San Miguel, y luego al fin por la Stallburggasse, realmente y en el sentido más auténtico de la palabra como la sombra de un ser humano, que de repente me daba miedo. No me atrevía a hablarle. Prefería aguantarme los remordimientos a encontrarme con él. Lo observaba y, sofocando mis remordimientos, no me dirigía hacia él, y de repente le temía. Evitamos a los marcados por la muerte y también yo cedí a esa bajeza. En los últimos meses de su vida evité a mi amigo de una forma totalmente consciente, por un bajo instinto de conservación, lo que no me perdono. Lo veía desde el otro lado de la calle, como a alguien que hace ya tiempo ha sido borrado del mundo, pero que sin embargo se ve obligado todavía a estar en él, que no pertenecía ya a él pero tenía que estar aún en él. De sus brazos escuálidos colgaban *grotesca, grotescamente*, redes de la compra, en las que llevaba la verdura y la fruta que se había comprado y que arrastraba hasta casa, como es natural siempre con miedo de que alguien pudiera verlo en toda su miseria y pobreza y preocuparse por ello, pero quizá era también la razón igualmente penosa para mí de querer protegerlo la que hacía que no le hablase, no sé si era mi miedo de aquel que, en realidad, era ya la muerte misma o mi deseo de evitarle un encuentro conmigo, que todavía no tenía que pasar lo que él, probablemente las dos cosas. Lo observaba y me avergonzaba al mismo tiempo. Porque sentía como una vergüenza no estar aún en las últimas, mientras que mi amigo lo estaba ya. No tengo buen carácter. Sencillamente, no soy buena persona. Me aparté de mi amigo lo mismo que sus otros amigos, porque, como ellos, quería apartarme de la muerte. Temía enfrentarme con la muerte. Porque *todo* en mi amigo era ya la muerte. Como es muy natural, él no se movía ya en los últimos tiempos, era yo quien hubiera tenido que dar señales de vida, lo que hacía efectivamente, pero daba señales de vida cada vez con intervalos más largos y con excusas cada vez más lamentables. De vez en cuando íbamos todavía al Sacher y al Ambassador, y naturalmente, porque era entonces lo que le resultaba más cómodo, también al Bräunerhof. Iba a verlo solo, cuando no tenía otro remedio, pero prefería hacerlo con amigos, para que compartieran conmigo el horror absoluto que ahora se desprendía de mi amigo, porque solo con él no lo hubiera soportado. Cuanto más implacable era su decadencia, tanto más elegante era ahora su atavío, pero precisamente aquellas prendas costosas y al mismo tiempo elegantes de su guardarropa, que había heredado de un príncipe Schwarzenberg muerto un año antes, convertían en tormento la vista de aquella persona ya casi totalmente sin vida. Sin

embargo, no era en absoluto una imagen grotesca la que ahora mostraba, sino conmovedora. En verdad, de pronto nadie quería tener ya nada que ver con él, porque aquel que veían ahora a veces caminar por el centro de la ciudad con sus redes de provisiones, o apoyarse contra la pared de una casa, totalmente agotado, no era al fin y al cabo ya el mismo que, durante años, durante decenios, los había atraído, los había entretenido y soportado, el que había distraído su aburrimiento estúpido con sus inagotables locuras del mundo entero y, con sus chistes y anécdotas, había opuesto a su embrutecimiento vienés y de la Alta Austria *aquello* de lo que nunca habrían sido capaces. Había acabado definitivamente la época de sus absurdos relatos de viaje por todo el mundo, lo mismo que su caracterización despiadada y, por consiguiente, ridiculización real de su familia, que lo despreciaba y, finalmente, realmente lo odiaba, y que él sólo calificaba de museo inagotable de curiosidades católico-judíonacionalsocialistas, con el mayor gusto por la ironía y el sarcasmo y con todas sus dotes innatas para el teatro. Lo que contaba ahora a veces, aquí o allá, no tenía ya el perfume y aroma del gran mundo, como suele decirse, sino más bien el olor de la pobreza y de la muerte. Sus trajes, aunque eran los mismos trajes elegantes de siempre, no producían ya en quien los veía aquel efecto mundano y que, en cualquier caso, inspiraba respeto, sino que de repente eran realmente raídos y pobres, como todo lo que todavía se atrevía a decir. Tampoco iba ya en taxi a París, por no hablar de Traunkirchen o Nathal, sino que, sólo con calcetines de lana en los pies y con una pequeña bolsita de plástico en la que guardaba sus zapatillas de gimnasia sucias, que se convirtieron con el tiempo en su calzado preferido, iba en algún departamento de segunda clase, metido en un rincón, directamente a Gmunden o Traunkirchen. En su última visita a Nathal llevaba una camiseta de polo de la época de la posguerra y pasada de moda hacía ya casi medio siglo, hecha a medida para aquel fanático de la vela pero desde entonces nunca lavada, y además las ya mencionadas zapatillas de gimnasia. Ahora, al entrar en el patio de Nathal, no levantaba ya la vista sino que la mantenía baja. Ni siquiera la más agradable de las músicas que puse para él, un quinteto de viento de Bohemia, pudo librarlo más que un instante de su tristeza absoluta. Surgían una y otra vez los nombres de personas que lo habían acompañado toda su vida, pero que ahora, desde hacía ya tiempo, se habían apartado de él. Sin embargo, no brotó ya ninguna auténtica conversación, no hablaba más que con fragmentos de frases a los que, con la mejor voluntad, no se podía encontrar ninguna coherencia. La mayor parte del tiempo tenía la boca abierta, cuando no se sentía observado, y le temblaban las manos. Cuando lo llevé otra vez en coche a Traunkirchen, a su colina, agarró sin decir palabra su bolsita de plástico blanca con unas manzanas que había recogido en mi huerto de Nathal. En ese viaje recordé cómo se había comportado durante el llamado estreno de mi obra *La partida de caza*. La pieza, porque el *Burg* había creado para ello todas las condiciones necesarias, fue un fracaso total sin precedentes, porque los actores que la interpretaron, absolutamente de tercera clase, no apoyaron ni por un instante mi obra, como pronto pude

comprobar, porque, en primer lugar, no la comprendían y, en segundo, la estimaban en muy poco y, además, habían tenido que actuar en ella más o menos como sustitutos de emergencia, lo que, como me consta, no fue ni indirectamente culpa suya, después de haber fracasado el plan de estrenar la obra con Paula Wessely y Bruno Ganz, para quienes al fin y al cabo la había escrito. Ninguno de los dos actuó al final en mi *Partida de caza* porque la compañía del *Burg*, como se la llama de forma afectuosoperversa, se había opuesto, más o menos unida, a la aparición de Bruno Ganz en el Burgtheater, por decirlo así no sólo por *miedo* existencial sino también por *envidia* existencial, porque Bruno Ganz, el mayor actor que Suiza ha producido nunca, había infundido a toda la compañía del Burgtheater nada más que lo que yo llamo un *miedo artístico mortal*, ese inmenso genio teatral de Suiza, y realmente tengo grabado en la cabeza todavía hoy, como una perversión triste y al mismo tiempo repulsiva de la historia del teatro en Viena, y al mismo tiempo también como una vergüenza irreparable de todo el teatro alemán, el hecho de que los actores del Burgtheater trataran de impedir e impidieran efectivamente entonces la aparición de Bruno Ganz, incluso redactando por escrito una resolución y amenazando a la dirección, como se decía, *en cualquier circunstancia y por todos los medios*, como es sabido, porque en Viena, desde que existe el teatro, no decide realmente el director, sino que deciden los actores; el director, y sobre todo el del Burgtheater, no tiene nada que decir, y los llamados *actores favoritos* del Burgtheater han decidido allí siempre; sólo esos *actores favoritos*, a los que se puede calificar sin más de imbéciles, porque por una parte no entienden nada de arte teatral, y por otra se dedican a su prostitución teatral con una desvergüenza sin par, en perjuicio del teatro y en perjuicio del público, y tengo que decir que esas prostitutas del Burgtheater actúan desde hace decenios, si es que no desde hace siglos, ofreciendo el más malo de todos los teatros malos; esos, así llamados, actores favoritos, con sus nombres famosos y su débil comprensión del teatro, que sólo mediante el total abandono de sus recursos de actor y mediante la explotación más desvergonzada de su popularidad, por decirlo así en la cumbre de su falta de arte, una vez colocados por el absolutamente estúpido público teatral de Viena en el blanco corcel de la popularidad, se mantienen en el Burgtheater durante decenios y, la mayoría de las veces, hasta su muerte. En el instante en que la aparición de Bruno Ganz resultó imposible por la bajeza de sus colegas vieneses, también Paula Wessely, mi primera y única *Generala*, se retiró del proyecto, y como yo no podía librarme del contrato firmado, de la forma más disparatada, con el Burgtheater, en relación con *La partida de caza*, tuve que sufrir finalmente como estreno de mi obra una representación que sólo puedo calificar de asquerosa y que, como ya he señalado, *ni siquiera era bien intencionada*, como tantas cosas y casi todas en el escenario del Burgtheater de Viena, porque aquellos actores absolutamente carentes de talento que interpretaban los papeles principales confraternizaron a la menor resistencia con el público, exactamente de la misma forma desvergonzada con que los actores vieneses, en conjunto, confraternizan

siempre con el público y hacen causa común con él, por tradición, desde hace siglos, en contra de la obra que interpretan y del autor que interpretan, al que inmediatamente y sin el menor escrúpulo atacan por la espalda, cuando se dan cuenta de que al público no le gustan esa pieza y ese autor ya desde los primeros instantes, por que no lo entiende ni entiende su obra, porque obra y autor le resultan demasiado difíciles, y es que los actores vieneses y, sobre todo, los llamados actores del Burgtheater, no hacen lo que sea por un autor y su obra, como sería totalmente lógico y por lo demás hacen los actores en Europa, y más aún si se trata de un autor nuevo, todavía sin foguear, como suele decirse, sino que vuelven instantáneamente la espalda al autor y a su obra en cuanto notan que el público no se entusiasma inmediatamente con lo que puede ver y oír al levantarse el telón. Hacen causa común al instante con el público y se prostituyen y convierten ese llamado *primer escenario del área lingüística alemana*, como se designa a sí mismo con sobrevaloración infantil, en el primerísimo burdel teatral del mundo, y no sólo en aquella funesta velada del estreno de mi *Partida de caza*. Aquellos actores del Burgtheater, inmediatamente después de levantarse el telón, como pude ver desde mi asiento en el gallinero, como la obra no llegaba al público enseguida, como suele decirse, se pusieron en contra de mí y de mi obra y por consiguiente actuaron inmediatamente en contra de mí y de mi obra, interpretando mal todo el primer acto de una forma tan burda como si hubieran sido obligados, por decirlo así, por la administración a interpretar mi *Partida de caza*, y como si quisieran decir: *la verdad es que estamos en contra de esta pieza horrible, mediocre y repulsiva*, aunque no la dirección, *que nos ha obligado* a aparecer en esta obra. Interpretamos esta obra, pero no queremos tener nada que ver con ella, interpretamos esta obra, pero no vale nada, interpretamos esta obra, pero sólo en contra de nuestra voluntad. Al instante hicieron causa común con el público, que no tenía ni idea, y nos dieron el golpe de gracia, como suele decirse, a mí y a mi obra, traicionando también con ello a mi director artístico y despojando a mi *Partida de caza*, con la mayor desvergüenza, de todo espíritu. Como es natural, yo había escrito una obra totalmente distinta de la que aquellos actores abyectos y, por consiguiente, traidores a su arte, interpretaron en ese estreno. Aguanté apenas el primer acto e, inmediatamente después de caer el telón, me levanté de un salto y salí, con conciencia de haber sido engañado deliberadamente y de la forma más repugnante. Ya a las primeras frases había sabido que los actores actuaban contra mí y aniquilarían mi obra, ya en los primeros minutos la llenaron de su falta de arte y de su oportunismo con el público, y, a su estilo desvergonzado, me traicionaron y ridiculizaron mi obra, que hubieran debido ayudar a nacer con toda pasión. Cuando salí del gallinero y me dirigí al guardarropa, la encargada me dijo: *¿¡Tampoco le gusta al señor, eh!?* Furioso por mi perversa tontería de haber confiado *La partida de caza* al Burgtheater para su estreno y por mi contrato estúpido, bajé corriendo las escaleras y salí del Burgtheater. No hubiera podido permanecer un segundo más en *aquella Partida de caza*. Recuerdo que huí del Burgtheater como si escapara no sólo

de aquel centro de exterminio de mi obra, sino del centro de exterminio de todo mi patrimonio intelectual, y recorrí todo el Ring y volví al centro de la ciudad, y como es natural no fui capaz de calmarme con ese correr de un lado a otro impulsado sólo por la rabia. Al terminar la representación me encontré con varios amigos míos que habían estado en el estreno, y todos me dijeron que había sido, según sus propias palabras, *un gran éxito*, y que al final había habido *enormes aplausos*. Me mintieron. Sabía que sólo había podido ser una catástrofe, porque siempre he tenido un instinto seguro. *Un gran éxito, enormes aplausos*, seguían diciendo continuamente aún, cuando estábamos sentados ya en un restaurante, y hubiera podido abofetearlos a todos por su falsedad. En efecto, elogiaron hasta a los actores, aunque habían sido de lo más estúpido y de lo más carente de arte, y en fin de cuentas auténticos sepultureros de mi *Partida de caza*. El único que me dijo la verdad fue mi amigo Paul. Clasificó toda la representación como malentendido total, así como de completamente fracasada y típica desvergüenza cultural vienesa, como un magnífico ejemplo de la bajeza del Burgtheater hacia un autor y su obra. *También tú has sido víctima de la imbecilidad y de las intrigas y de la mala baba del Burgtheater*, me dijo, *y no me sorprende*. Despreciamos, como es natural, a los que nos mienten, y respetamos a los que nos dicen la verdad. Por eso era totalmente lógico que yo respetase a Paul. Los moribundos esconden la cabeza y no quieren tener ya nada que ver con los que viven y no piensan en la muerte. Por eso Paul se había aislado totalmente en su cabeza y en sí mismo. No se le veía ya, sólo de vez en cuando se preguntaba aún por él. Nuestros amigos comunes me preguntaban, y yo les preguntaba, qué hacía Paul. Exactamente lo mismo que esos amigos, no tenía ya valor para visitarlo en su piso, y por eso pensaba, cuando me tomaba mi café en el Bräunerhof, bajo su piso, desde hacía tiempo ya solo allí sin él, sentado junto a su sitio vacío y mirando a la Stallburggasse, y aborreciendo doblemente al Bräunerhof de repente, no sólo por la ausencia de Paul sino porque ahora, *a pesar de todo*, iba una y otra vez allí sin él, que posiblemente no había tenido en toda mi vida un amigo mejor que el que encima de mí, en su piso, seguramente en un estado lastimoso, tenía que guardar cama, y al que yo no visitaba ya, realmente por miedo a enfrentarme *directamente* con la muerte. Reprimía sin cesar ese pensamiento y, finalmente, lo suprimía. Me limitaba a buscar en mis notas los lugares que se referían a Paul y a recordarlo por esas notas, que en parte se remontaban a más de doce años, según veo ahora, como a aquel que quería guardar en mi memoria, *el vivo y no el muerto*. Pero esas notas, que había tomado yo en Nathal y en Viena, en Roma y Lisboa, en Zurich y en Venecia, resultaron nada más en fin de cuentas, como ahora me consta, la historia de una muerte. Yo había conocido a Paul, según pienso ahora, exactamente en el momento a partir del cual comenzó evidentemente a morir y, como prueban esas notas, yo había *seguido* su muerte durante más de doce años. Y de esa muerte suya había sacado mi provecho, la había aprovechado con todas mis posibilidades. En el fondo no he sido otra cosa, pienso, que un testigo durante doce años de su muerte,

que ha sacado de la muerte de ese amigo una gran parte de las fuerzas necesarias para su supervivencia durante esos doce años, y esa idea no es de lo más aberrante, el pensar que mi amigo tenía que morir para hacer mi vida, o, mejor, mi existencia, en cualquier caso más soportable, si es que no, durante largos períodos, posible siquiera. La mayoría de las notas que tomé sobre Paul se refieren a la música y el crimen. Al pabellón Hermann y al pabellón Ludwig y a la tensa relación entre los dos, a la Wilhelminenberg, la montaña de nuestro destino, y a los médicos y pacientes que poblaron esa montaña de nuestro destino en mil novecientos sesenta y siete. Pero también sobre política, riqueza y pobreza había tenido él cosas notables que decir, a partir de su experiencia, que fue la experiencia de un hombre que tengo que considerar como el más sensible que he conocido en mi vida. El despreciaba la sociedad actual, que en todas y cada una de las cosas niega su historia y por ello, como lo expresó él mismo una vez, no tiene *ni pasado ni futuro*, y se ha entregado al *embrutecimiento de la ciencia atómica*: fustigaba al *gobierno corrompido* y al *parlamento megalómano*, exactamente lo mismo que la vanidad que se ha subido a la cabeza de los artistas y, sobre todo, de los llamados artistas *reproductivos*. Ponía en tela de juicio al gobierno y al parlamento y al pueblo entero, y al arte creador lo mismo que al llamado arte reproductivo y a sus artistas, y lo mismo que se ponía a sí mismo en tela de juicio continuamente. Amaba y aborrecía la Naturaleza lo mismo que el arte, y amaba y odiaba a los hombres con la misma pasión y falta de piedad. Había sabido comprender a los ricos en calidad de rico y a los pobres en calidad de pobre, lo mismo que a los sanos en calidad de sano y a los enfermos en calidad de enfermo, y lo mismo que, finalmente, a los locos en calidad de loco y, en calidad de demente, a los dementes. Una vez más, poco antes de su muerte, se convirtió en centro de su leyenda, creada ya decenios antes por él mismo y sus amigos: armado de un revólver cargado había entrado, con la mayor excitación, en la joyería Köchert del *Neuer Markt*; que en otro tiempo fue la casa de sus padres y, todavía en la puerta, según se cuenta, había amenazado a su primo Gottfried, lo mismo entonces que hoy propietario del negocio, con darle un tiro *inmediatamente* si se negaba a darle *cierta perla*. El asustado primo Gottfried de mi amigo Paul, según se cuenta, levantó los brazos con un miedo mortal, y entonces mi amigo le dijo: *¡La perla de tu corona!* Todo había sido sólo una broma. Sería la última de Paul. El joyero y primo no entendió la broma, pero por otra parte se dio cuenta enseguida de que su primo, otra vez de repente, como suele decirse, *no responsable de sus actos*, debía ser internado en algún establecimiento. Según se cuenta, pudo dominar a aquel *loco furioso* y avisó a la policía, que se lo llevó a Steinhof. *Doscientos amigos asistirán a mi entierro y tú tendrás que pronunciar un discurso ante mi tumba*, me había dicho Paul. Pero en su entierro sólo estuvieron ocho o nueve personas, como me consta, y yo mismo estaba en aquel momento en Creta, escribiendo una obra de teatro que, en cuanto hube terminado, aniquilé inmediatamente. Según supe más tarde, él había muerto sólo unos días después de la *agresión* a su primo, curiosamente no, como había creído yo al

principio, en Steinhof, su *verdadero hogar*, según él, sino en un hospital de Linz. Reposa, como suele decirse, en el cementerio central de Viena. Hasta hoy no he visitado su tumba.



THOMAS BERNHARD (Heerlen, Países Bajos, 1931 - Gmunden, Austria, 1989). Poeta, prosista y dramaturgo austriaco considerado como uno de los más grandes autores de la literatura en lengua alemana posterior a la Segunda Guerra Mundial. Después de seguir estudios de música, se orientó hacia la literatura, y desde su primera novela, *Helada* (1963), desarrolló un universo nihilista habitado por personajes ferozmente autocríticos y autodestructivos.

Hijo ilegítimo de un carpintero austriaco y de la hija del escritor Johannes Freumbichler, Bernhard vivió en casa de sus abuelos maternos hasta que su madre se casó. El marido de ésta no lo prohijó sino que pasó a ser únicamente su tutor. A los dieciséis años interrumpió sus estudios de bachillerato en Salzburgo y empezó a trabajar como aprendiz en un almacén de comestibles. Contrajo entonces una grave pleuresía que degeneró en una tuberculosis, enfermedad que padecería toda la vida. Pasó cuatro años ingresado en el sanatorio de Grafenhof (Salzburgo), donde comenzó a escribir.

Ya en 1943 empezó a tomar clases de música y a partir de 1952 estudió canto, dirección teatral e interpretación en el Mozarteum de Salzburgo. Paralelamente a sus estudios trabajó como reportero para el *Demokratisches Volksblatt*, en donde publicó también sus poemas. Realizó numerosos viajes, algunos con Hedwig Stavianicek, una mujer 37 años mayor que él que fue su mecenas y «el ser de su vida».

Siempre lo acompañó la polémica: en 1983 fue secuestrada por orden judicial su obra *Tala*, a consecuencia de una querrela del compositor G. Lampersberg. El escritor

prohibió entonces la venta en Austria de su obra y no modificó su actitud hasta el año siguiente, en que Lampersberg retiró su demanda. El último gran escándalo lo produjo el estreno de su obra *Plaza de héroes* en 1988.

La gran producción de Bernhard puede dividirse en tres etapas: una fase religiosa, una fase intermedia más patética y una tercera, que se deriva de la anterior, en la que lo patético se expresa preferentemente a través de la ironía. Los primeros intentos líricos de *Así en la tierra como en el infierno* (1949) muestran un Bernhard que en la línea de Pascal busca a Dios. El infierno (*Hölle*) es la realidad terrenal que espera redención. «Negro es mi mensaje», dice el yo lírico de estos poemas, una afirmación que se revelará válida para todo el *opus* bernhardiano.

El tono todavía conciliador con el mundo de estos poemas desaparece ya en el ciclo *Ave Virgilio* (1981), que compila las poesías de la década de 1970. El fervor religioso se convierte aquí en pura negatividad y ésta pasará a dominar su prosa. El primer resultado de este giro es la novela *Helada* (1963) con la que entra de lleno en el panorama literario contemporáneo. «El suicidio es mi naturaleza», dice el pintor Strauch al estudiante de medicina que se ha desplazado a Weng, un pueblo situado en un valle, para observar la paranoia del artista.

La locura es presentada como la única respuesta posible en un mundo pervertido, falto de toda espiritualidad y sentido que, en la novela, está representado por el pueblecito rodeado de montañas, un espacio frío, malvado, enemigo del hombre, en donde sus habitantes han adoptado las características de la naturaleza. Los espacios que tradicionalmente la literatura ha escogido como idílicos, Bernhard los transforma en escenarios de delirio, en los que únicamente domina la ley de la muerte y la locura. Strauch es el primer artista (de los muchos que aparecen en la obra del autor) que vive alejado del mundo para sacar el máximo partido de su creatividad.

Sin embargo, esta utopía de la soledad será constantemente negada. El intelectual, el artista, es un ser absolutamente ridículo, con una retórica repetitiva, hiperbólica y patética. Konrad, en *La Calera* (1970), lo ha abandonado todo para poder escribir un estudio sobre el oído; cuando ya está a punto para empezar a redactar, mata a su mujer y enloquece. Destinos comparables padecen los protagonistas de *Corrección* (1975) y *Hormigón* (1982). Paradójicamente, el valor de la producción artística y, en general del arte, es puesto en duda por un gran artista que, después de fantasear con su propia vida en los libros autobiográficos *El origen* (1975), *El sótano* (1976), *El aliento* (1978), *El frío* (1981) y *Un niño* (1982), queda libre para la ironía más feroz.

Uno de los componentes más destacables de la obra bernhardiana, especialmente de la dramática desde *Una fiesta para Boris* (1970), es su musicalidad. Se trata de piezas casi escritas como para representar con marionetas que actúan como repetitivos altavoces de distintas posiciones. Más que dramas son libretos escritos para actores admirados por el escritor, como Minetti. Entre sus títulos más importantes se hallan

La fuerza de la costumbre (1974), *La partida de caza* (1974), *Ante la jubilación* (1979), *Almuerzo en casa de Ludwig W* (1984) y la última, *Plaza de héroes* (1988) en la que arremete de nuevo contra la Austria católica y nacionalsocialista.

Notas

[1] «Hambre», en alemán. (N. del T) <<